



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 72 Abril de 2024



*Esperanza invencible en la
Madre del Buen Consejo*

Símbolo de Brasil en el Reino de María



Si nos volvemos para la exuberante y variegada flora brasileña, parece faltarnos el vocabulario para comentarla de modo satisfactorio. Por ejemplo, un lapacho en la plenitud de su florecimiento, en la riqueza estupenda de su belleza, o sea, en lo que tiene de verdaderamente único. Es un árbol de oro. Su copa no dibuja una esfericidad perfecta, pues tiene diversas entradas que hacen que los juegos de luz sobre el dorado cambien de tonalidad, y se evidencien los diferentes matices de ese color. Y mientras el lapacho florece contrastando con un paisaje seco y desolador, se diría que él es una protesta del futuro, que proclama: “¡Esperen! ¡Alguna cosa vendrá aún!”

En mi óptica, será el símbolo de Brasil en el Reino de María. Es un árbol simplemente esplendoroso. Muestra cual será el futuro de este País al servicio de Nuestra Señora.

*(Extraído de conferencias del
12/10/1990 y 17/7/1991)*

Sumario

Vol. VII - No. 72 Abril de 2024



En la portada,
Dr. Plinio en 1990.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

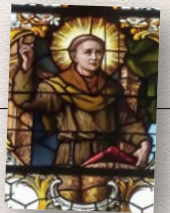
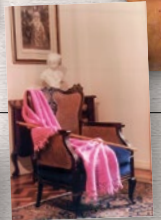
PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
2 *Símbolo de Brasil en el Reino de María*
- EDITORIAL**
4 *Con los ojos fijos en la Madre del Buen Consejo...*
- PIEDAD PLINIANA**
5 *Fuego sagrado y purificador*
- DOÑA LUCILIA**
6 *Ambientes impregnados de una presencia regia y maternal*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
9 *Jesús bebió la copa de la muerte gota a gota*
- DE MARIA NUNQUAM SATIS**
16 *Poder maravilloso de comunicarse con las personas*
- SANTORAL**
20 *Santos de Abril*
- HAGIOGRAFÍA**
22 *Hombre que luchó arduamente contra la Revolución*
- ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
26 *Resurrección y Fátima*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
31 *Verdadero equilibrio y armonía entre las clases sociales*
- ÚLTIMA PÁGINA**
36 *Una cruz bien cargada*



Con los ojos fijos en la Madre del Buen Consejo...

Reflexionando sobre Nuestra Señora del Buen Consejo, me llamó mucho la atención la total intimidad del Niño Jesús con su Madre Santísima. Él llega a pasar la mano alrededor del cuello de ella de manera que se ven los dedos ahí.

Recuerdo que esa era la intimidad que yo tenía con mi recordada y saudosa madre, una intimidad tan llena de respeto, de admiración, de veneración y de ternura; una verdadera intimidad. Mi madre sabía ser afable, suave, y hacerse pequeña, inclusive cuando yo era un niño completamente dependiente de ella y, por lo tanto, siendo yo el pequeño y ella tan grande para mí.

Esa es la razón por la cual yo la llamaba “*mãezinha*”; luego comencé a pronunciar las primeras palabras y aún si saber hablar bien, y decía “*manguinha*”, pero ya era la noción de lo que había en ella de pequeño, de proporcionado a mí, de exorable y de compasivo para conmigo. Esta idea que brotaba en mi espíritu en relación a toda su mansedumbre y bondad fue el modo por el cual conocí la bondad de Nuestra Señora y del Sagrado Corazón de Jesús.

Contemplando la imagen de la Madre del Buen Consejo y viendo al Niño Jesús tan protegido y tan agrado a ella, quisiera que un rayo de gracia bajara sobre cada uno de nosotros y nos hiciera comprender cómo debemos ser así en relación a Nuestra Señora: hijos intimísimos, convencidos de que su misericordia no se cansa nunca, que su perdón jamás nos es rehusado y que su sonrisa maternal ya nos antecede cuando nos volvemos a ella. La propia gracia de recurrir a María Santísima nos es concedida por su intercesión.

De ahí, una confianza ilimitada y continua en su bondad en todas las ocasiones, en cualquier circunstancia y de todas las maneras, diciéndole: “¡Dios te salve Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve!”.

“Salve”, en el sentido etimológico y latino de la palabra, es un saludo: “te saludo, Reina”. Pero, cometiendo un barbarismo, podríamos querer significar también: “¡Salvadnos Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salvadnos!”.

Siendo Madre de Misericordia, María es nuestra vida, porque si no fuese su misericordia, estaríamos muertos. Ella tiene hacia sus hijos, inclusive cuando son débiles e infieles, una tal dulzura que es, por excelencia, la dulzura del universo, de tal manera que todas las formas materiales de dulzura –la de la miel, la del azúcar, la de la brisa y hasta la de los corazones maternos–, no son sino pálidas imágenes de la dulzura de las dulzuras que es el Inmaculado Corazón de María.

En la Santísima Virgen, en su intercesión y misericordia para con nosotros, podemos esperar con una esperanza invencible, porque quien tiene una tal Madre nunca será desamparado.

Vivimos en una *procella tenebrarum*¹, entre incógnitas, embestidas, emboscadas y el odio infernal que nos cae encima como una tremenda tempestad. Nada de eso tendría solución si nouviésemos en quien confiar. *Mater Boni Consilii a Genazzano* representa esa confianza: es Nuestra Señora cuyo buen consejo en el interior de nuestras almas es esencialmente este: “Confiad en mí y sed cada vez más mis devotos”.

Son esas palabras de esperanza que os dirijo con los ojos puestos en la Madre del Buen Consejo de Genazzano, deseando que su mirada maternal sea la luz interior de nuestras almas y la estrella que nos guíe en el mar borrascoso de nuestra existencia².

1) Del latín: tormenta de tinieblas.

2) Cf. Conferencias del 6.05.1968 y 6.11.88.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Fuego sagrado y purificador

Todo acabó: “*Consummatum est*”.

Vuestra cabeza pende inerte. Una paz majestuosa, suavísima y divina se muestra en todo vuestro Cuerpo. Estáis lleno de paz, ¡oh Príncipe de la Paz!

Pero a vuestro alrededor todo es aflicción y perturbación. Aflicción extrema en el Corazón de María y en el puñado de vuestros fieles. Perturbación en el universo entero: el Sol se oscurece, la tierra tiembla, el velo del Templo se rasga, los verdugos huyen.

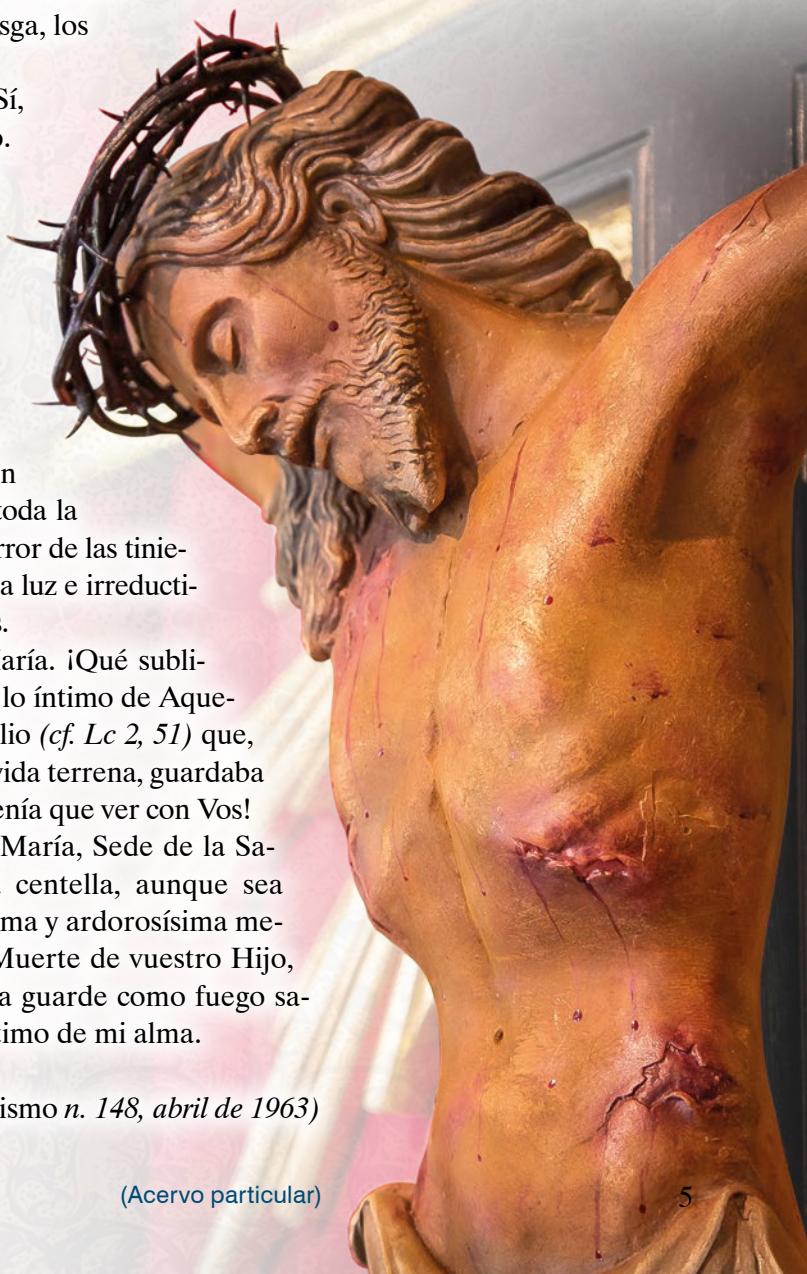
Pero Vos estáis en paz. Sí, porque todo se consumó. Porque la iniquidad dejó patente su infamia hasta el final, y porque Vos dejasteis patente hasta el extremo vuestra divina perfección.

Por los méritos superabundantes de vuestra Pasión y Muerte los hombres reciben la posibilidad de reconocer toda la belleza de la luz y todo el horror de las tinieblas. Para que sean hijos de la luz e irreductibles enemigos de las tinieblas.

Al pie de la Cruz está María. ¡Qué sublimes meditaciones se dan en lo íntimo de Aquella de quien narra el Evangelio (cf. *Lc 2, 51*) que, ya en los albores de vuestra vida terrena, guardaba en su Corazón todo lo que tenía que ver con Vos!

Inmaculado Corazón de María, Sede de la Sabiduría, comunicadme una centella, aunque sea pequeña, de vuestra lucidísima y ardorosísima meditación sobre la Pasión y Muerte de vuestro Hijo, mi Redentor, para que yo la guarde como fuego sagrado y purificador en lo íntimo de mi alma.

(Extraído de *Catolicismo n. 148, abril de 1963*)





Ambientes impregnados de una presencia regia y maternal

Doña Lucilia era una señora proporcionada a la relación con una reina, pero también con el más desafortunado, infeliz y menguado de sus hijos. Su sepultura en el Cementerio de la Consolación y los ambientes de su apartamento parecen estar impregnados de su presencia.

Viendo fotografías aisladas de damas de la corte británica en el cortejo o en la tribuna de la nobleza, durante la coronación de la actual Reina, me dio la impresión de que una u otra podría ser la soberana, pues, como es propio de la presencia de la soberana comunicar algo regio a aquellos con quien ella trata, aquellas eran damas conforme a la Reina.

En esa perspectiva yo consiento, de muy buen grado, en atender el pedido de tratar sobre el “*Quadrinho*”; sobre el ambiente donde mi madre vivió sus últimos años, es decir, el apartamento del *primeiro andar*²; y también las gracias que se sienten en el Cementerio de la Consolación, junto a su tumba.

Digna ante la realeza y en la intimidad

No hay sobre la faz de la Tierra alguien más empeñado en elogiar el “*Quadrinho*” que yo. Allí mi madre no tiene nada de regio, ni debería tenerlo, pero estaría bien en un ambiente donde hubiese una reina. Ella está retratada en trajes domésticos, y se comprende que junto a una noble tuviese un traje de gala. Si estuviese con una reina en la intimidad, ella



Llegada de la Reina Isabel II al 20º Parlamento Federal, en Camberra, Australia, en 1954

no necesitaba ser diferente para estar consonante con la majestad real.

¡Cuán atenta y respetuosa, cuán transformada en dedicación, en afecto, en respeto, en embebecimiento, en deseo de colocarse en el debido nexa y en la debida proporción con la soberana que estuviese allí presente!

Tal vez alguien podría preguntarse: ¿Será que una joya o un vestido de seda no le añadiría algo? Yo creo que esa es una pregunta tonta, pues eso iría bien para otra circunstancia, pero no sería necesario para aumentar su dignidad; son cosas diferentes. Caso las circunstancias lo impusieran, la indumentaria sería otra, no hay duda; allí mi madre está en la intimidad de la casa y su dignidad no necesitaba ser aumentada en nada.

Sin embargo, si viniesen a avisarle que en su casa estaba una reina, sin duda alguna ella se apresuraría en adornarse y ponerse su mejor traje de gala. Cuando la noble entrara, mi madre estaría con aquella misma naturalidad. Por lo tanto, en el glorioso cortejo de las damas nobles, habría un lugar para la señora del “*Quadrinho*”, pues allí ella está en perfecta proporción con la realeza.

Afabilidad de la señora del “Quadrinho”

¡Noten, también, la afabilidad maternal! Se diría: “¿Entonces es una matriarca?” No propiamente.



En el “*Quadrinho*”, mi madre no parece tener en vista la excelencia, el resplandor estupendo de aquello que un día ella alcanzaría por medio de sus oraciones. Sin embargo, parece haber visto a cada uno introducido en aquella misma intimidad, tratando con ella, con su distinción propia, en las distancias y hasta en las caricias, en el calor de la intimidad. Si ella, no obstante, era una

señora puesta en proporción a la relación con una reina, tampoco quedaría más grande ni más pequeña al tratar con el más desafortunado, infeliz y menguado de sus hijos.

Tomemos en consideración una imagen piadosa de la Santísima Virgen, por ejemplo, Nuestra Señora de las Gracias. Imaginemos que, en el momento en el cual Ella se fijase en nosotros –como se fijó en Santa Ca-



talina Labouré-, Dios quisiera hacernos conocerla mirándolo a Él. Pues bien, ante el esplendor y la majestad de Dios, su Divino Hijo, Ella sería la misma.

Si Judas Iscariote se le hubiera acercado –arrastrándose por el piso, vertiendo sangre, pus y mal olor– y dijera “Yo no tengo el valor de miraros...”, me da la impresión de que Nuestra Señora diría “Hijo mío”, incluso si él le fuera a hablar inmediatamente después de que Ella hubiera asistido al cierre del sepulcro de Nuestro Señor y de estar todo consumado.

Ahora bien, tomemos en consideración también la tumba del Cementerio de la Consolación. A mí me parece muy bonito el hecho de que, todo cuanto se tiene presente al ver el “*Quadrinho*” se vuelve, de algún modo, sensible a nosotros estando delante de su sepulcro. Sin embargo, yo no sería favorable a la idea de poner el “*Quadrinho*” allá, pues, por sus expresiones propias, la atmósfera que impregna el lugar es capaz de decir cosas que el “*Quadrinho*” no dice.

Noten que se trata de una tumba convencional, de un buen granito, con una cruz recostada sobre la piedra que la recubre. No hay nada en la naturaleza de aquel material que sugiera las impresiones que se tienen allí.

Alguien preguntará: “¿Por qué Ud. no mandó a hacer una cosa que sugiriera esas impresiones?”

Yo no tenía ningún elemento para creer que debería ser diferente, y que a los ojos de los hombres ella fuera otra cosa más que una señora de familia tradicional, sepultada en el Cementerio de la Consolación. Mi sistema, en esos asuntos, es andar paso a paso, mientras no haya indicios para suponer que algo va a suceder, y como no había datos, entonces actué de acuerdo con los convencionalismos.



El resultado fue bueno, porque el encanto que se siente allá no tiene explicación, y si el granito fuese rosado o de otro color más festivo, se diría: “De lejos vimos el granito maravilloso”. Y no es así. El granito oscuro es digno y serio, no es sino eso.

Ambientes impregnados de la presencia de Doña Lucilia

Analicemos ahora su residencia. Yo noto en el apartamento la misma atmósfera del “*Quadrinho*” y de la sepultura. Los salones, el comedor y el hall poseen un ornato que contribuye, a su modo, a expresar mucho de su alma. En esos ambientes figuran objetos antiguos de la familia de mi madre, con los cuales ella se sentía muy auténtica y muy a gusto.

Con excepción de la silla mecedora, que está ligada al pasado de la familia, los demás muebles fueron mandados a hacer por mi padre en el Liceo de Artes y Oficios, cuando yo aún era niño, y son de un estilo usado en la *Belle Époque*³, antes de la Primera Guerra Mundial. Aquel

estilo artístico se encuentra caracterizado en la altura de los estantes.

Doña Lucilia tenía un reloj inglés fabricado en madera –modesto, digno, bueno– y también un pequeño escritorio acoplado a él. El sofá, yo lo mandé a hacer posteriormente, pero no es moderno. Las cortinas datan del tiempo de mi madre y también son cortinas convencionales.

Cuando se entra en alguno de esos ambientes, se tiene la impresión de que ella está presente. Me parecen aún más expresivos los dos salones contiguos, en uno de los cuales está la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, delante de la cual ella rezaba tanto.

La mesita redonda junto al sofá de la sala de trabajo no existía en el tiempo de mi madre, porque era donde yo me quedaba conversando con ella. Sin embargo, cuando ella ya no estaba, yo mandé colocar allí ese mueble junto con un *abat-jour* para llenar –ipobre llenar!– su ausencia, mientras yo leía un poco, recostado durante las siestas.

En fin, da la impresión de que todo está impregnado de su presencia. ❖

(Extraído de conferencia del 28/9/1981)

- 1) En portugués, diminutivo de cuadro. Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos, con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.
- 2) En portugués, segundo piso del edificio donde vivían el Dr. Plinio y sus padres.
- 3) Del francés: Bella Época. Período entre 1871 y 1914, durante el cual Europa experimentó profundas transformaciones culturales, dentro de un clima de alegría y brillo social.



Jesús bebió la copa de la muerte gota a gota

En su Pasión, Nuestro Señor Jesucristo pasó por todas las formas y grados de dolor, y entró en ellas con paso digno, sereno, firme y sin vacilar, caminando hacia la Cruz como un rey caminaría hacia el trono de su coronación.

Cuando analizamos cada paso de la Pasión, ya sea físico o espiritual, notamos que Nuestro Señor nada evadió. Entró en el abismo más profundo del dolor con paso de héroe, asumió todos los padecimientos posibles y se presentó resplandeciente de sufrimiento ante la justicia del Padre Eterno. Y así salvó a la humanidad.

Multitudes del pueblo elegido acudían a Nuestro Señor

Es interesante examinar, punto por punto, el anochecer, el “Oficio de Tinieblas” dentro de Nuestro Señor, considerado la condición de su santísima humanidad.

En el primer año de su vida pública, Jesús tuvo la alegría, el éxito y la res-

puesta de amor de las multitudes del pueblo elegido que acudía a Él. Sin embargo, sabía que todo esto, –ivean la amargura! – proporcionaría un pequeño número de conversiones y excitaría a los fariseos a ordenar su muerte.

Si Nuestro Señor hubiera tenido muchos menos adeptos, no habría sido asesinado. Lo mataron por el éxito de ese primer año. Y en las multitudes que lo adoraban, Él veía el éxito como el primer paso hacia el estrado que lo llevaría a lo alto del patíbulo. Los apóstoles y otros no lo sabían. Pero Él lo hizo.

Más aún. El Redentor veía ese, aquel, aquel otro en la plenitud momentánea de la vocación, de la alegría, y cuya belleza de alma le encantaba. Sin embargo, Él sabía que uno de ellos lo iba a apedrear, el otro lo





abandonaría, este otro lo calumniaría, se reiría de él y lo denigraría, insinuando que la calumnia era cierta. Nuestro Señor tenía todo esto presente y, por lo tanto, cargaba ante sí la enormidad de estos tormentos.

Tengo la impresión de que las calumnias sólo comenzaron a extenderse después de cierto trabajo del Sanedrín sobre aquellos que lo seguían, entibiando a algunos y poniendo a otros contra Él, de modo que la multitud se debilitara y se desuniera. Y Jesús vio que el crepúsculo de la indolencia bajaba a medida que aumentaba el número de sus milagros.

La resurrección de Lázaro

En el segundo año, cuando Nuestro Señor había acumulado el castillo de sus maravillas, entra en una especie de duelo con la indolencia, porque la multitud trata de escapar de sus manos. Busca retenerla haciendo maravillas mayores. Y se enfrenta a esta situación humanamente insoluble: cuanto



Multiplicación de los panes y los peces - Museo Condé, Chantilly, Francia

Photo: R.M.N. / R.-G. Ojeda (CC3.0)

Flávio Lourenço



Resurrección de Lázaro - Museos Reales de Bellas Artes, Bruselas

más hace maravillas, más insensible e indiferente se vuelve la multitud.

Una persona podría comentar: “Él resucitó un muerto; ¿fue eso lo último que hizo?” Y se reiría como diciendo: “Estoy harto de esto, quiero volver a mi pequeña vida; ¡Maravillas, apártense de mí, quiero la banalidad!” Y cuando Jesús llevó al auge sus milagros, se enteró de su sentencia de muerte. En la resurrección de Lázaro, supo que habían decidido matarlo. Él lo sabía todo, y cuando fue a la casa de Lázaro para celebrar la resurrección, en realidad conmemoraba la muerte, porque la resurrección de Lázaro fue el comienzo de su muerte.

No sé si se dan cuenta de lo conmovedor que es todo esto desde el pun-

to de vista de la tristeza. Para usar una expresión equivocada, pero que significa un poco lo que quiero decir, envenenaba, ponía sabor amargo en las alegrías más legítimas y espléndidas.

Imagínense el ambiente de la casa de Lázaro, donde a Él le gustaba estar, justo después de su resurrección. Los Apóstoles, la familia de Lázaro, la gente del lugar que llegaba, lo adoraban. Nuestro Señor sabía que la mayoría de estas cosas quedarían en nada. Y Él, por el bien de aquellas almas, comía del banquete y se alegraba. Sin embargo, en lo más profundo de su Corazón, lloraba porque comprendía lo que estaba sucediendo. Ese episodio por sí solo sería un drama de otro mundo.

Un drama de tragedia griega no sería nada comparado con esto.

También debió sentir la reacción de los que estaban allí: ya no era la misma de antes, con la excepción de Nuestra Señora y de algunas santas mujeres.

Los acontecimientos se suceden y Jesús logra un triunfo, pero percibe el mal aliento de ese triunfo. Es decir, el pueblo quería aclamarlo, pero no al punto de romper con los fariseos, esperaba que estos entronizaran a Jesús. Si los fariseos no lo hacían, el pueblo los seguiría. E hicieron para Nuestro Señor aquella conmemoración, la fiesta de la ingenuidad, no del inocente, sino la ingenuidad del flojo, tan diferente de la del inocente. Y Él, al pasar en medio de aquellos hosannas, era perfectamente consciente de lo que vendría después.

Rombo del dolor

En todos estos pasos, hay que decirlo desde ya, impresiona notar a Nuestro Señor, por designio del Padre Eterno, sufriendo ese dolor y no solo permitiendo que el sufrimiento caiga sobre Él, sino yendo a su encuentro. Jesús se hundía en el vértice inferior, más terrible del rombo del dolor.

La vida humana se puede comparar con un rombo con dos extremos, en el inferior el dolor, en la parte superior el júbilo. Nuestro Señor descendió a lo más profundo del rombo del dolor, en cada uno de esos casos concretos, con una probidad, una integridad y una obediencia que recuerdan el *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum (Lc 1,38)*¹. Fue hasta el fin, con la cabeza en alto, con la actitud en que lo vemos en el Santo Sudario. Así caminó Jesús.

Esto se hace más conmovedor el Jueves Santo, cuando se celebra la culminación de su obra. El Divino Salvador instituye la Misa, la Eucaristía, el Sacramento de la Penitencia, y con esto se completa, en cierto sentido de la palabra, el edificio de la Iglesia.



Entrada a Jerusalén - Museo Hermitage, San Petersburgo



Flávio Lourenço



Jesús da la Comunión a los Apóstoles - Museo Grão Vasco, Viseu, Portugal

Todo el pueblo ju-
dió estaba en fiesta,
celebrando el paso
del Mar Rojo, la Pas-
cua. Y Nuestro Señor,
en ese clima de alegría
general, ciertamente
veía a los Apóstoles par-
ticipar de esa alegría. Él ha-
ce la fiesta y completa su obra
sin desfallecer. Podemos conjetu-
rar la mezcla de alegría y tristeza en
Él, pues sabía que en pocas horas co-
menzaría la gran tragedia.

Imaginemos la tristeza del Reden-
tor lavando los pies de Judas, San Pe-
dro, San Juan, pensando en lo que
harían en breve. Luego, distribuyen-
do la Eucaristía, y estando la Presen-
cia Real dentro de cada uno de ellos,
tan mediocres, tan inferiores a su co-
metido... ¡San Pedro, el Príncipe de
su Iglesia, hizo lo que hizo!

Las inflexibilidades del Padre Celestial

Terminado el festín, todos los do-
lores, grandes y pequeños, convergie-

ron. Comenzó la terrible agonía, en
la cual tuvo la representación de todo
lo que habría de suceder y, en su inte-
ligencia, en su alma santísima, lo qui-
so con tanta integridad que sufrió la
desproporción entre el dolor que ve-
nía y las fuerzas que poseía. Se sintió
aniquilado. A pesar de esto, hizo un
acto de sumisión. Sudó Sangre y le pi-
dió al Padre Eterno: “¡Hágase tu vo-
luntad, no la mía!” (cf. Lc 22,42).

Nuestro Señor poseía una fuerza
divina que no tiene nada en común
con la flaqueza, sin embargo, daba
una impresión de debilidad. Dijo:
“Hágase tu voluntad, y no la mía”,
como quien intuía o conocía que la

sin nombre! Estoy seguro de que un
hombre, sin las fuerzas que Él tuvo,
se volvería loco, moriría de dolor.

Es de suponer que ese manto fue
arrojado al suelo, y la preciosa san-
gre comenzó a secarse allí.

Imaginen si tuviéramos una cami-
sa ensangrentada con nuestra propia
sangre y se enfriara, se coagulara, y
luego tuviéramos que ponémosla
sobre la carne cruda. Es cierto que
no hay nada en la tierra comparable
a su sangre, pero se puede entender
lo que quiero reflexionar.

Le patearon, le escupieron, pisa-
ron su túnica. Lo inimaginable debe
haber sucedido. Ahora, dentro del
conjunto de tormentos por los que
pasó, esto es una insignificancia.

En cada uno de estos pasos
sucedió lo peor previsible.

Los asumió por entero
sin un minuto de pausa.

En ningún instante de
la Pasión el Redentor
pide que tengan com-
pasión de Él y que
suspendan un poco
para poder respirar.



Jesús lava los pies de los Apóstoles - Capilla degli Scrovegni, Padua

voluntad del Padre Celestial tenía
inflexibilidades; Jesús se estaba to-
pando con una de ellas, en la que se
aniquilaría. Viene un ángel y le da
una fuerza que no era un consuelo
para sufrir menos, sino una capaci-
dad para padecer más. Entonces lle-
ga el abandono de los Apóstoles, etc.

A cada paso, vemos el horror lle-
gando a lo inimaginable. Él entra en
ese horror, se reviste de él y bebe el
cáliz del dolor. Y eso a cada minuto.
Por ejemplo, le quitan la túnica, toda
empapada de sangre ya seca en algu-
nos lugares y, por lo tanto, pegada a
las heridas. Cuando llega el momen-
to de tirar de ella, iuna laceración



Oración en el Huerto - Museo de Bellas Artes, Córdoba, España

Flávio Lourenço



Jesús es condenado a muerte.

Jesús carga la Cruz a cuestas.

Jesús cae por primera vez.

Jesús encuentra a María, su Santísima Madre.

Simón de Cirene ayuda a llevar la Cruz de Jesús.

La Verónica enjuga el rostro de Jesús.

Jesús cae por segunda vez.

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Hasta el Padre Eterno y el Espíritu Santo lo abandonaron

Cuando cae bajo la Cruz es porque sus fuerzas ya no aguantaban. En cuanto pudo, la levantó y continuó sufriendo todo con una serenidad única, como si no estuviera padeciendo nada. Creo que Pilato, desde dentro de los baños y su comodidad, tenía envidia del bienestar de Nuestro Señor.

Nuestro Señor se ve obligado a esta acción atroz de caminar cargando su propia Cruz hasta el lugar donde el tormento alcanzaría su auge. Es decir, cada paso que dio no era para su propia liberación. Porque si le hubieran dicho “Si subes a ese cerro, en lo alto serás libre”, se habría sentido aliviado. Por el contrario, los verdugos parecían decir: “Subes esa colina y cuando llegues a la cima tendrás lo peor. ¡Ahora camina!” Él sube y luego comienza la crucifixión.

Se tiene la impresión de que esto no es nada comparado con lo que vino después, es decir, todo el largo proceso mortal de la crucifixión. Él podía morir de apoplejía en cualquier momento. No. Jesús no bebió el cáliz de la muerte de un solo trago, sino gota a gota, absorbiendo todo su sabor. Se sintió morir a milímetros, siendo cada uno de ellos una muerte pequeña.

Nuestro Señor superó cada milímetro hasta el final, y quiso que el mundo supiera que no había tenido consuelo hasta el gemido final. El Padre Eterno y el Divino Espíritu Santo lo abandonaron.

La Santísima Humanidad de Jesús fue abandonada. La Divinidad – unida a la Humanidad en la unión hipostática – se cerró a Él. Y lo que en el Redentor había de naturaleza humana permaneció en la noche más completa y más oscura, hasta provocar ese grito indicativo de dos cosas bellas: la tremenda intensidad del dolor. y, por

otro lado, toda esa fuerza aún quedaba en aquel Hombre. “*Iesus autem iterum clamans voce magna...*” – “Jesús volvió a gritar en voz alta...” Y luego: “*...emisit Spiritum*”.² (Mt 27, 50).

Es el auge del dolor previsto y aceptado desde lejos por una preparación del Alma para ello.

Ayuda de la gracia

Para meditar sobre Nuestro Señor Jesucristo es necesario tener todo esto en consideración. ¿Cómo puede alguien que no tiene el alma bien ajustada en este punto hablar de Contra-Revolución?

En concreto, consiste en comprender algo paradójico: esa vida es la vida más terrible imaginable... excepto la del pecador. Porque es durísima, pero la persona tiene fuerzas, tranquilidad, estabilidad, limpiezas del alma que ya son en esta Tierra al menos cien veces más de lo que recibirá.



¡Cómo debió envidiar Pilato la felicidad de Nuestro Señor! El pecador envidia al que vive así y es injusto porque está dispuesto a calumniarlo. Esta persona es su remordimiento de pie delante de él, y calumnia su propio remordimiento para tener tranquilidad. Sin embargo, se sabe un desgraciado, y que esa es la felicidad que existe en esta Tierra.

El dolor hacia el cual se camina con paso firme de alguna manera disminuye. Cuando lo esquivamos, él crece a medida que huimos. Como resultado, menguamos, y cuando llega la hora de que él nos destroce, no somos nada.

Cuanto más el individuo anticipa el dolor desde lejos, tanto menos le dolerá. Y la verdadera ascesis consiste en una larga previsión, en ponerse en manos de la Providencia. No hay otro remedio. Y, paradójicamente hablando, tenemos ahí nuestro cáliz del Huerto de los Olivos, es decir, el líquido que nos da fuerzas. Esto significa que no debemos decir “en el momento del drama seré un héroe”, sino “en el momento del pequeño drama seré un héroe”. En las pequeñas cosas de la vida cotidiana debo ser también un héroe.

Moisés en la cima del monte Nebo

Esto no lleva a la siguiente conclusión: cada vez que se nos presenta la perspectiva del dolor, no debemos pedir que nos lo eliminen. La oración puede alejar el sufrimiento de noso-

tros. Así como la Providencia no sólo permite, sino que quiere –y la doctrina de la Iglesia alienta– que reduzcamos el dolor de las almas del Purgatorio, también, como muchas personas reciben una parte de ese tormento en esta Tierra, es legítimo orar para sean librados de ello. Y muchas veces la Providencia los libera misericordiosamente. Entonces no estoy predicando la actitud de Mucio Escevola³ con la mano encima del brasero. La nota cató-

lica consiste en todo esto, pero con la mirada puesta en las misteriosas inflexibilidades de Dios.

Recientemente estuve hablando de la manera en que Dios trató a Moisés. El Profeta llevó al pueblo elegido a las cercanías de la Tierra Prometida, y el Creador le dijo que allí moriría como castigo por una infidelidad que había cometido. Moisés rogó insistentemente a Dios entrar a la Tierra Prometida para poder verla. El Creador no encontró estúpida la petición, la consideró razonable e incluso lo llevó a la cima del Monte Nebo, desde donde pudo contemplar toda la Tierra Prometida.

Moisés había insistido en el pedido, pero Dios le dijo: “¡Basta!” Son de esas inflexibilidades que son adorables. De una forma u otra, el alma lo siente y debe estar preparada para todos los impulsos de la esperanza y la confianza, y también para la resignación.

Muere Moisés, el hombre fiel entre todos, a bien decir condenado a muerte por Dios. ¡Es algo asombroso! El Creador lo amaba tanto que escondió su cuerpo; nadie sabe dónde está. La mirada de Dios se posa sobre este cuerpo hasta la resurrección de los muertos. Moisés estuvo presente en la Transfiguración, pero soportó milenios en el Limbo. Un decreto inexorable cayó sobre él. Y Moisés adoró ese decreto divino.

Papel de la confianza

De modo que también hay un claroscuro en lo que estoy diciendo. Primero, la ayuda de Nuestra Señora

Teodoro Rieis



Jesús cae por tercera vez.



Jesús es despojado de sus vestiduras.



Jesús es clavado en la Cruz.



Jesús muere en la Cruz.



Jesús es bajado de la cruz y puesto en brazos de su Madre.



Jesús es sepultado.

para que podamos tener fuerzas. No creo que ningún hombre, sin la ayuda de la Santísima Virgen, pueda hacer esto.

Por otra parte, los adorables alivios de Dios, más aún cuando se suplica como intermediaria a su Madre, la gloriosa *intercessio Beatæ Mariæ Virginis*. Y se pueden lograr cosas asombrosas, pero este punto siempre permanece: una inexorabilidad puede descender sobre nosotros. En ese tiempo debemos saber hacer como Moisés: murió pacíficamente en manos de Dios.

Si queremos meditar seriamente sobre la Pasión, encontramos esto. Y, en cuanto a Nuestra Señora, no se puede imaginar que a una simple criatura se le pida tanto como a Ella se le pidió.

Imagínese el cuidado y el cariño de la Virgen María por Jesús cuando era niño, luego cuando era joven, icon qué afecto bordó la túnica sin costuras de Cristo! Y ese Cuerpo que Nuestra Señora tanto había amado, esa Alma que había buscado llenar de consuelos –y que sabía que la había llenado– se encontraba en ese mar de tormentos. Ella estaba unida a la naturaleza inexorable de Dios y quería que Jesús muriera.

No tenemos idea de lo que esto representa. Si sintiéramos una chispa de eso dentro de nosotros, moriríamos de dolor.

El papel de la confianza es muy bonito en ese momento. Ella es la virtud por la cual de manera misteriosa discernimos lo que no es inexorable y logramos hacerlo retroceder un poco. La confianza es tan poderosa que creo que un poco de lo inexorable a veces retrocede.

Es algo curioso, pero confiamos en que no vendrán sobre nosotros los dolores que normalmente sentimos que no están en nuestro camino. Cada uno de nosotros tiene una noción confusa de cuál es el camino de nuestros dolores. Lo sentimos

también cuando tropezamos con lo inexorable. Y entonces la confianza cambia de nombre y se llama resignación. Sin embargo, lo más terrible es cuando llega la prueba axiológica⁴, porque la persona pierde la noción de lo exorable y de lo inexorable.

Esta es una meditación sincera sobre la Semana Santa. Es necesario decir también: detrás de todo esto están las glorias y las esperanzas de la Resurrección. ¡Cuántas cosas en nuestras vidas fueron a manera de resurrección! Y, sobre todo, vendrá la resurrección final de todos nosotros. Por tanto, no se trata de un horizonte abrumador.

Las palabras de Nuestro Señor desde lo alto de la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?” (Mt 27, 46) son el comienzo de

un Salmo que profetiza la Resurrección y la victoria. ❖

(Extraído de conferencia del 31/03/1983)

- 1) Del latín: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.
- 2) Del latín: entregó el alma.
- 3) Héroe de la antigüedad romana que, durante una guerra que tuvo lugar en el año 508 a.C., para demostrar su valentía, se quemó la mano derecha delante de sus enemigos.
- 4) Axiología proviene del latín *axis*, esto es: eje. Así, en la concepción del Dr. Plinio, la palabra “axiología” y sus derivados siempre se refieren al “eje” que debe guiar la vida de una persona, es decir, el fin para el cual el hombre es creado y su vocación específica, en torno a la cual deben girar todas sus ideas, voliciones y actividades.



Nuestra Señora de las Angustias – Iglesia de San Agustín, Córdoba, España



Poder maravilloso de comunicarse con las personas

El cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano tiene un poder maravilloso de hacer que las personas entren en comunicación con la Madre de Dios. Ella cambia de color y María Santísima, ora parece alegre, satisfecha y risueña, ora presenta un aspecto de tristeza. Sin que se pueda decir que haya un movimiento en los rasgos del fresco, este expresa por esta forma a innumerables fieles aquello que la Virgen desea.

El día 26 de abril se conmemora la fiesta de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano, instituida a propósito del célebre fresco de la Madre de Dios que se venera en la iglesia de los agustinos, en la ciudad de Genazzano, Italia.

Scanderbeg, un guerrero valerosísimo.

Las informaciones que daré fueron sacadas de un libro sobre Nuestra Señora del Buen Consejo. La razón de la compra de esta obra, de mi

parte, fue que de niño yo rezaba mucho delante de un cuadro de esa invocación, que se encontraba en el Altar mayor de la antigua capilla del Colegio San Luis y tiene una historia milagrosa cuyos pormenores no recuerdo, pero que está ligada al mar-



Aparición del fresco en la ciudad de Genazzano. A la izquierda, soldados acompañan la salida del cuadro de Scutari. Pinturas de Prospero Piatti.

tirio de los cuarenta jesuitas que vinieron a evangelizar el Brasil.

Viendo este libro, lo compré y confieso que me llenó de admiración. De hecho, itodo cuanto allí dice respecto a la

historia del fresco y la devoción a la Madre del Buen Consejo es una verdadera maravilla!

En pocas palabras, la historia de este cuadro es la siguiente: Albania, en el siglo XV, era un estado cristiano comandado por un general llamado Scanderbeg, un guerrero valerosísimo que luchaba contra las hordas turcas, las cuales estaban tratando de avanzar Europa adentro.

Scanderbeg era un hombre bastante religioso y que se colocaba bajo la protección de Nuestra Señora del Buen Consejo, de la cual había en Albania un santuario nacional muy frecuentado. Mientras Scanderbeg vivió, la lucha contra los turcos fue victoriosa. El reunía en sí todo el valor y toda la combatividad de la nación albanesa. Era un grandísimo hombre, pero el pueblo albano estaba en decadencia y por causa de esto probablemente la resistencia cesaría cuando él muriera. Los últimos lances de su vida fueron extraordinarios. En una ocasión él se encontraba acostado, agonizando, cuando vino la noticia de que los turcos estaban llegando a las puertas de la ciudad. Cuando él oyó esto, hizo una oración a Nuestra Señora y le pidió fuerzas para combatir. Se levantó del lecho y fue al encuentro de los turcos. Él tenía dos auxiliares que lo ayudaban porque casi no aguan-

taba más dirigir la batalla. Después, volvió a la cama y falleció. Así muere un verdadero héroe católico, un devoto de Nuestra Señora en su acepción más exacta y más adamantina. ¡Es una verdadera belleza!

Las aguas del mar se volvieron sólidas

Pero dos amigos albanos, que eran hijos de la luz, notando el declive de Albania y previendo que el país caería cuando muriera Scanderbeg, decidieron ir al Santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo a fin de pedir luces respecto de lo que deberían hacer: quedar en Albania realizando una cierta resistencia y algún apostolado debajo de las hordas turcas, o ir a Italia. Tanto más que un número muy grande de albanos ya estaba huyendo hacia allá, y les parecía más indicado emigrar.

Llegando al Santuario, rezaron y quedaron en volver al día siguiente para tener una solución del caso. Cuál no fue su sorpresa cuando verificaron que el cuadro se había destacado de la pared, dio una especie de giro dentro de la iglesia, salió por la puerta y fue andando en el aire lentamente. Ellos acompañaron el fresco que, cuando llegó al mar, continuó andando por encima de las aguas. Los dos amigos, enton-





Fachada del Santuario de la Virgen Madre del Buen Consejo, Genazzano.



Beata Petruccia

Petruccia consiguió que le dieran un terreno para edificar una iglesia en honor de Nuestra Señora. Más tarde, obtuvo un poco de material de construcción y así, se levantó algo a la manera de un muro en una parte del terreno. Después, los trabajos pararon porque ella no recibió más auxilios. Toda la muchachada, cuando encontraba a Petruccia en la calle, decía a ella: Oiga, Petruccia, ¿qué hay de la iglesia? ¿Cuándo será construida?

No es preciso tener mucha imaginación para completar la escena.

Había en Genazzano una feria adonde afluía gran parte de la población. Cierta día en que Petruccia estaba en medio del pueblo, de repente se hizo oír un estruendo en el cielo y apareció una nube brillante, de la cual partían armonías que descendían sobre la ciudad. La nube bajó sobre el terreno de Petruccia y, cuando desapareció, se encontró el cuadro –que el pueblo no sabía que era de Nuestra Señora del Buen Consejo– recostado junto a una de las paredes, sin clavos, ni apoyo, ni soporte, lo que es una cosa inexplicable. Fue el gran día de Petruccia.

Pero nadie sabía qué invocación era aquella. Nunca se había oído hablar de ella. Era una manifestación angélica.

Un buen día, los dos albaneses, que estaban en busca del cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo, habiendo oído hablar en Roma sobre lo que había ocurrido en Genazzano, sospecharon naturalmente que aquel era el cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo.

Fueron hacia allá, se postraron delante del fresco, rezaron. Comunicaron al pueblo que se trataba del

ces, prosiguieron su caminata sobre el mar, que se volvió sólido bajo sus pies, siempre acompañando el cuadro. Así llegaron a Italia.

Es una gran caminata, pero yo creo que no es el caso de interponer aquí preguntas y críticas, porque Nuestra Señora tiene el poder de hacer a un cuadro andar por los aires y de dar consistencia a las aguas. Y puede conceder a dos hombres la posibilidad física de atravesar una gran extensión, caminando sobre las aguas solidificadas.

En Italia, el cuadro desapareció misteriosamente de su vista. Entonces emprendieron –eso es muy medieval aún– una caminata por todo el país a fin de ver a dónde había ido a parar, porque no querían separar-

se de él. Así como la estrella desapareció de la vista de los Reyes Magos cuando llegaron a Jerusalén, así también el cuadro desapareció para estos dos albaneses.

Una nube brillante descendió sobre el terreno de Petruccia

Había en Genazzano –una pequeña ciudad de Italia, que era feudo de los Príncipes de Colonna, una gran familia noble romana– una mujer anciana llamada Petruccia que decía que tenía vocación de construir una iglesia. Era una señora aislada, medio mendiga, un poco maniática y todo el mundo se burlaba de ella. En cierto momento,

cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo, de Albania, que ellos habían visto partir para no dejarse subyugar por los turcos.

El cuadro se mantiene junto a la pared de un modo milagroso

La Iglesia se volvió un lugar de las múltiples romerías partidas de los varios Estados italianos, antes de la abominable unificación de Italia. La romería andaba en fila, los hombres separados de las mujeres, había prohibición de estar prestando atención a las cosas del camino, se debía ir rezando todo el tiempo el Rosario, cantando letanías en loor de Nuestra Señora, parando en los lugares yermos —donde no hubiese posibilidad de escándalo— para comer, y continuando la caminata hasta llegar a Genazzano.

Incluso en los días de lluvias torrenciales, en los cuales las personas acababan durmiendo hasta en las calles, el cuadro de Nuestra Señora continúa junto a la pared, pero no recostado en ella, de manera que él se sostiene de una manera milagrosa. Hay, entonces, lluvias de gracias que el fresco esparce para todas las personas.

Estas gracias son muchas veces de curas, sin embargo, lo fuerte no es propiamente la gracia de la cura, sino un poder maravilloso de, sin practicar un milagro evidente, comunicarse con un grande número de personas que van a consultar a la Santísima Virgen respecto de padecimientos espirituales, dudas, problemas. A mi ver, la idea relacionada con el fresco es la siguiente:

El cuadro cambia de colorido, ora toma un color brillante y Nuestra Señora parece alegre, sa-

tisfecha y risueña, ora adquiere colores que le dan un aspecto de tristeza. Y sin que se pueda decir que haya un movimiento en los rasgos del fresco, sin embargo, es verdad que él expresa por esta forma a innumerables fieles aquello que Ella quiere, y muchos acaban entendiendo esto y pasan a tener con la Madre de Dios una comunicación, resolviendo problemas importantísimos.

Cambios de fisonomía de Nuestra Señora

El cuadro es veneradísimo, y el libro presenta testimonios importantes de personas que reconocieron cambios de fisonomía de Nuestra Señora. Uno de los testimonios más interesantes es de un pintor de cierta celebridad de Génova, que recibió de una familia genovesa, probablemente rica, el encargo de ir a Genazzano y hacer una copia del fresco para ser colocado en una iglesia de Génova. Como era un hombre de proyección, consintieron que trabajara en el propio altar, cerca del cuadro, para poder verlo bien, y él comenzó entonces a pintar la imagen.

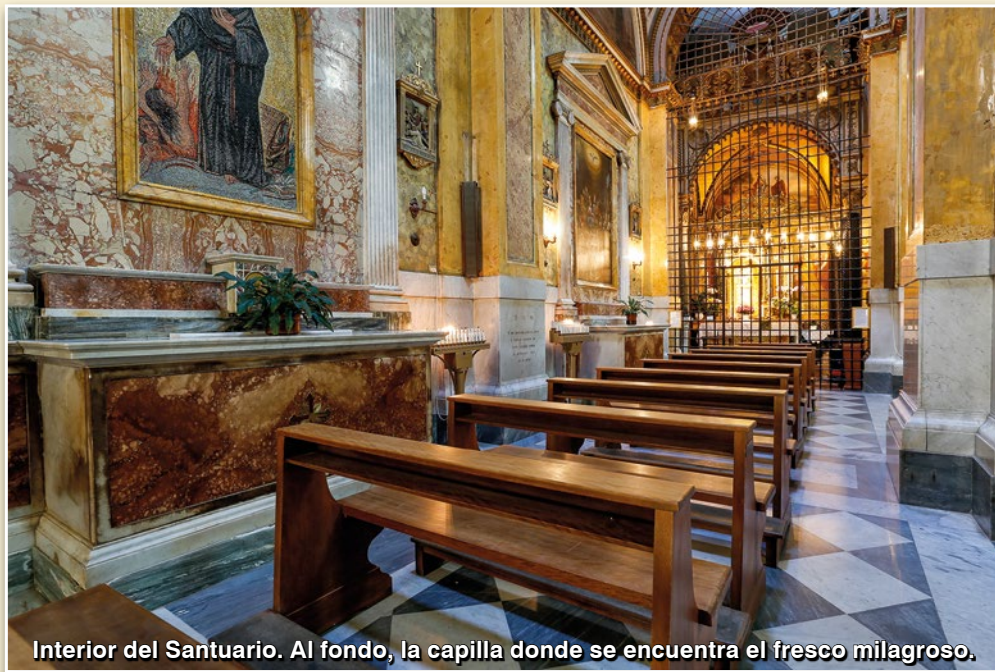
El libro transcribe un testimonio suyo declarando que la figura de Nuestra Señora modificó tantas veces la expresión fisonómica mientras pintaba que le fue imposible retratarla. Ella no la modifica tanto, pero es un prodigio que María Santísima quiso hacer para que este hombre atestigüese lo maravilloso del hecho, y hasta ahora esto se da.

Es un prodigio contemporáneo que no puede ser presentado como un milagro, pero demuestra que la Fe católica es verdadera, y debe ser visto como una gracia muy preciosa para todas las personas que quieren elucidar sus problemas.

Lo más interesante es que varios otros cuadros de Nuestra Señora del Buen Consejo, pues se realizaron varias copias y fueron llevadas a diversos puntos de Italia, tienen propiedades análogas y hay peregrinaciones porque la Santísima Virgen prodiga sus consejos a las personas que van allí a rezar.

Tenemos así la indicación de un elemento para que nos enfervoricemos en la piedad a Nuestra Señora. ♦

(Extraído de conferencia del 25/4/1967)



Interior del Santuario. Al fondo, la capilla donde se encuentra el fresco milagroso.

SANTORAL

1. Octava de Pascua

San Hugo de Grenoble, obispo (+1132). San Gregorio VII lo consagró obispo. San Bruno fue su confesor y consejero. Como obispo de Grenoble, trabajó con celo de almas para colocar fin a diversos desórdenes en la diócesis.

Santa Margarita Egipciaca, penitente (+s. V).

2. Octava de Pascua

San Francisco de Paula, confesor (+1507). Fundó en Calabria, Italia, la Orden de los Mínimos. Hombre de una profunda humildad, ejemplo de austeridad de vida cristiana, conocido por sus numerosos milagros.

Santa Teodora, virgen y mártir (+307).

3. Octava de Pascua

San Juan, obispo (+432). Obispo de Nápoles, Italia. Murió, mientras celebraba los misterios sagrados, en la noche de la Santa Pascua y fue sepultado en la Solemnidad de la Resurrección.

4. Octava de Pascua

San Isidoro de Sevilla, Obispo y Doctor de la Iglesia (+636).

San Francisco Marto, (+1919). Uno de los niños videntes de las apariciones

de la Virgen en Fátima, Portugal. Dios le concedió el don de la oración y espíritu de mortificación, como medios para consolar los Sagrados Corazones de Jesús y María. Al inicio de las apariciones no escuchaba la voz de la Virgen, pero aumentando su oración, como Ella le indicó, comenzó a escucharla.

5. Octava de Pascua

San Vicente Ferrer, presbítero (+1419). Pertenecía a la Orden de los Dominicos, desde donde luchó incansablemente por el fin del Cisma de Occidente.

San Geraldo, abad (+1095).

6. Octava de Pascua

Beato Notkero, o Gago, monje (+1912).

San Miguel Rúa, presbítero (+1910). Sucesor de San Juan Bosco en la dirección de la Sociedad Salesiana.

7. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia

San Juan Bautista de la Salle, presbítero (+1719).

8. Anunciación del Señor

San Dionisio de Corinto, obispo (+180). Dotado de sobrenatural conocimiento de la Palabra de Dios y las



Beato Notkero

Sagradas Escrituras en general, predicó e instruyó los fieles de su diócesis de Corinto, Grecia y además a obispos y fieles de otras diócesis.

9. Beato Tomás de Tolentino, mártir (+1321).

San Máximo, obispo (+282). Siendo presbítero en Alejandría, Egipto, estuvo al lado de San Dionisio, que estaba exiliado, apoyándolo en la confesión de la Fe.

10. Beato Antonio Neyrot, mártir (+1460).

11. San Felipe, obispo (+180).

Santa Gema Galgani, virgen (+1905). Alcanzó alto grado de estado místico, contemplaba y amaba con ardor el símbolo de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, quién le regaló los estigmas de su pasión en su virginal cuerpo. Falleció con 25 años de edad, un Sábado Santo, en Lucca, Italia.

12. Santa Teresa de los Andes, virgen (+1920). Carmelita chilena. Ofreció su vida a Dios por la conversión del mundo. Murió con 20 años de edad.

13. San Martín I, Papa y mártir (+1656).



San Hugo de Grenoble es presentado a la Cartuja de Nuestra Señora de las Cuevas – Museo de Bellas Artes de Sevilla-España

14. III Domingo de Pascua

San Bernardo, abad (+1117). Después de idas y venidas, fundó un convento benedictino en Tirón, Francia, muy cerca de Chartres donde consolidó su buena influencia espiritual, sobre numerosos discípulos que lo procuraban.

15. San Damián de Veuster, presbítero (+1889).

16. Santa Bernardette Soubirous, virgen (+1879).

17. Beata Clara Gambacorta, religiosa (+1419).



Santa María Luisa de Jesús Trichet

18. Santa Antusa, virgen (+s. VIII). Hija del Emperador de Bizancio, Constantino V, llamado por difamación de sus enemigos Coprónimo; mujer de una inmensa caridad con los pobres y esclavos. Tenía un sentido religioso muy instruido, lo que la llevó a restaurar iglesias y construir monasterios. El obispo San Tarasio, Patriarca de Constantinopla le impuso el hábito de religiosa.

Beata Sabina Petrilli, fundadora (+1923). En Italia, fundó la Congregación de las Hermanas de los Pobres de Santa Catalina de Siena.

19. San León IX, Papa (+1054).

20. Santa Inés de Montepulciano, virgen (+1317). A los nueve años de edad, fue revestida como virgen consagrada. Fundó en Montepulciano,

región de la Toscana, Italia, un monasterio dominico. Alma mística, milagros numerosos, ocurrieron varios episodios maravillosos en su vida llena de fe. Murió con 48 años.

21. IV Domingo de Pascua

San Anselmo, obispo y Doctor de la Iglesia (+1109).

San Apolonio, mártir (+185). Eminente ciudadano romano. Una vez denunciado como cristiano, fue detenido fue llevado ante el prefecto Perennio y el Senado de Roma, ante los cuales, llevó a cabo una extraordinaria apología del Cristianismo y confirmó con su sangre, el testimonio de su Fe.

22. Santa Oportuna, abadesa (+770). Fue célebre en Francia por su abstinencia y austeridad de vida.

San Leónidas, mártir (+204). Padre de Orígenes. En la persecución desatada por Séptimo Severo, fue encarcelado y muerto.

23. San Adalberto de Praga, obispo y mártir (+997).

San Jorge, mártir (+s. IV).

San Eulogio, obispo (+387). Según la tradición, murió un viernes santo. Fue obispo de Edesa, Turquía.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir (+1622).

25. San Marcos, Evangelista.

Beato Bonifacio de Valperga, obispo (+1243). Italiano de Turín, naci-

do en el seno de una noble familia. Al principio de su vida religiosa fue benedictino, después perteneció a los canónicos regulares de San Urso, en Aosta. Los que lo conocían, fueron edificados con su vida ejemplar.

26. Nuestra Señora del Buen Consejo San Cleto, Papa (+88). Segundo sucesor de San Pedro en la dirección de la Iglesia Romana.

27. Santa Zita, virgen (+1278). Trabajaba como empleada doméstica, al recibir su salario gastaba lo necesario y lo que le sobraba, lo daba a los más necesitados. En vida fue considerada santa por sus conocidos, reputación confirmada por varios milagros. Patrona de las empleadas domésticas y de la ciudad de Lucca, Italia.

28. V Domingo de Pascua

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (+1716).

Santa María Luisa de Jesús Trichet, religiosa (+1759). Primera religiosa de las Hijas de la Sabiduría, Congregación fundada por San Luis María Grignon de Montfort.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia (+1380).

30. San Pío V, Papa (+1572). Era conocida su severidad, contra los que comprometían la unidad de la Iglesia.

San José Benito Cottolengo, fundador (+1842). Fundó en Italia la Casa de la Divina Providencia.



Beata Sabina Petrilli



G.Freihalter (CC3.0)



Hombre que luchó arduamente contra la Revolución

Brillante orador, San Fidel de Sigmaringa evangelizó ciudades alemanas y fue enviado a la región suiza de los Grisones para predicar contra el protestantismo. Logró importantes éxitos, que llevó a los herejes a martirizarlo. Fue un verdadero contrarrevolucionario porque la herejía protestante fue la Revolución en su tiempo.

El 24 de abril, la Iglesia celebra la fiesta de San Fidel de Sigmaringa. Su ficha biográfica presenta algunos datos tomados de la *Vida de los Santos* de Reindenberg y de la *Historia de la Iglesia Católica* de Rohrbacher.

Jefe de una misión para combatir el protestantismo

Marcos Roi, que vivió de 1577 a 1622, tomó el nombre de Fidel cuando

se unió a los capuchinos a la edad de 35 años.

Nacido en Sigmaringa, se distinguió como estudiante de filosofía y derecho en Friburgo de Brisgovia. Enseguida fue nombrado tutor de tres jóvenes príncipes, con los que viajó por toda Europa durante tres años. Después de ejercer la abogacía en Colmar, decidió dejar el mundo.

En el testamento que hizo en ese tiempo, dice lo siguiente: “Quiero vivir de ahora en adelante en la mayor

pobreza, castidad y obediencia, en los sufrimientos y persecuciones, en una penitencia austera y en profunda humildad. Salí desnudo del vientre de mi madre y me despojé de todo para entregarme en los brazos del Salvador”.

El padre Fidel tenía grandes dotes oratorias. Nombrado superior del convento de Feldkirch, predicó en numerosas ciudades alemanas y suizas y en numerosas iglesias rurales.

La ciudad de Feldkirch fue completamente transformada por él. Como el

protestantismo estaba esparciéndose en Suiza, especialmente entre los Grisones, la Congregación para la Propaganda encargó a los capuchinos para ir a combatirlo. El padre Fidel fue nombrado jefe de esa misión.

“Dentro de poco no me volveréis a ver, dijo a sus amigos de Feldkirch, porque fui llamado a dar la sangre por la fe”. Y desde entonces pasó a firmar sus cartas de la siguiente manera: “Padre Fidelis, prope diem esca vermium”, que pronto será pasto de los gusanos.

En enero de 1622 entró en la región ocupada por Austria y allí comenzó a predicar la fe con gran éxito.

Furiosos, los protestantes prepararon una revuelta y el misionero avisó a los austríacos. La gente de los Grisones se levantó entonces en masa.

El 24 de abril, mientras el padre Fidel predicaba en Seewis, se oyó el grito: “¡A las armas!”.

Los Grisones salieron al encuentro de las tropas imperiales que habían forzado sus puestos avanzados, convencidos de que el padre Fidel era el que había llamado a los austríacos.

Aún lo dejaron salir de la ciudad.

Pero cuando regresó a Grächen, 20 soldados cayeron sobre él. Lo trataban como seductor y querían obligarlo a abrazar su secta.

“¿Qué me proponéis? Preguntó Fidel: “He venido hasta vosotros para refutar vuestros errores y no para abrazarlos. La Doctrina Católica es la Fe de todos siglos; no renunciaré a ella. Además, sabed que no temo a la muerte”.

Ellos entonces lo mataron con un sable.

Hombre sobrenatural e indómito que enfrentó la muerte

Es interesante notar cuál fue la actuación de este gran predicador para que el comentario hagiográfico pueda hacerse adecuadamente. Fue un famoso misionero que predicó en varios lugares. Y la Santa Sede, de-

seosa de impedir la difusión del protestantismo en la región de la Suiza denominada de los Grisones, incumbió a la orden religiosa a la que pertenecía –los capuchinos– para que enviaran predicadores y buenos oradores a esa zona con el fin de convertir a los que se habían pervertido al protestantismo, e impedir que nuevos católicos fueran objeto con éxito del proselitismo protestante.

Entonces él, que ya había transformado por completo una ciudad importante de Alemania, Feldkirch, con sus sermones, se dirigió a Suiza sabiendo que iba a morir, porque recibió la revelación de que allí sería martirizado. Pero, hombre sobrenatural, indomable, enérgico, trabajador, no retrocedió ante esta amenaza. Por el contrario, se enfrentó a la muerte.

Y se complacía en considerar la hipótesis de su muerte inminente, e incluso firmaba “Fray Fidel, que pronto será pasto de los gusanos”. O sea, sabía que sería mártir e iría al Cielo, lo que le dio una gran alegría.

A esta prueba de tenacidad, añadió otra demostración de fuerza, de valor: el hecho de haber irritado inmensamente a los protestantes. Nadie se vuelve irritante para el adversario sin haber logrado éxitos contra éste. San Fidel había logrado tales éxitos contra la herejía, que los protestantes prepararon un encuentro en el cual fue muerto.

Fue un orador audaz, valiente y fuerte, un misionero vigoroso que no se acobardó ante el holocausto del martirio. Un hombre que nos da un admirable ejemplo de fortaleza, que



Casa donde nació San Fidel - Sigmaringa, Alemania



lleva la abnegación de su propia vida y el deseo de luchar hasta inmolar efectivamente su existencia.

Sentimentalismo religioso del siglo XIX

Consideremos la fórmula utilizada por San Fidel:

Quiero vivir para el futuro en la mayor pobreza, castidad y obediencia, en el sufrimiento y la persecución, en la penitencia austera y en la humildad profunda. Salí desnudo del vientre de

mi madre y me despojé de todo para entregarme en los brazos del Salvador.

Si una persona hoy en día empleara esta fórmula, seríamos inducidos a pensar que ella es “herejía blanca”¹. Diría esto suspirando, con tanta molición, que afirmaríamos: “¡Vamos! Ud. es un imbécil y no nos tomamos en serio su vida espiritual”.

Él firmaba sus cartas con las palabras: “Fray Fidel, que pronto será pasto de los gusanos”.

Se comprende el tremendo equívoco que el sentimentalismo religio-

so del siglo XIX creó en torno de esas fórmulas, y no debemos dejarnos vencer por el equívoco.

El estado de espíritu que señalé es ruin, pero la fórmula es muy buena, considerada en sí misma. Ella fue empleada por un santo, y por lo tanto no puede dejar de ser buena, porque todo lo que el santo hace es bueno. Si esa fórmula no fuera buena, no habría sido canonizado.

Tenemos que entender que esta fórmula es susceptible de ser pronunciada, que sea vista de una manera diferente y, no debemos permitir que el despreciado sentimentalismo religioso del siglo XIX nuble nuestra visión de la coherencia que ella tiene con las virtudes que estamos más llamados a practicar: la fortaleza de ánimo, la resolución, la combatividad. No hay incompatibilidad entre las virtudes. Ahora bien, esto tiene que ser virtud porque fue pronunciado por un santo.

El valor de esa fórmula es muy grande. Evidentemente, un hombre que tiene la verdadera virtud de la sabiduría, debe apartarse de las cosas de la tierra, si entiende que todas ellas no son nada cuando se interponen en el camino de la adquisición de la virtud, el pleno conocimiento de la sabiduría y el amor de Dios.

Quien tiene vocación religiosa debe abrazarla

Cuando Nuestra Señora quiere que alguien tenga una vocación, le hace la vida difícil fuera de la vocación que debe abrazar. Y, un santo en estas condiciones, en general, es llevado por las circunstancias a una alternativa: o se pierde a sí mismo o adopta el estado de vida al que ha sido llamado. Entonces, independientemente del peligro de no seguir su vocación, tiene el atractivo de la gracia para meditar en las cosas de la sabiduría, y por amor de Dios asume aquella fórmula.

Así que se convirtió en capuchino. Esto significa abrazar la pobre-

Parma, benia artistici (CC3.0)



San Fidel de Sigmaringa y San José de Leonessa
Galería Nacional de Parma, Italia

za total, renunciar a toda forma de sinarquía². Es despreocuparse por los bienes de este mundo, no sólo no queriendo tenerlos para sí mismo, sino no entusiasmándose con las personas que los poseen por el mero hecho de poseerlos. No admirando a nadie porque tiene un coche precioso, un apartamento precioso o, por suerte, tiene una fábrica importante.

Sino valorar a los hombres y las cosas en la medida que se aproximan y practican la sabiduría. Una persona así, con un estado de espíritu varonil y combativo, haciendo un acto de inmolación enteramente ignaciano, puede decir: “Yo quiero vivir de ahora en adelante en la mayor pobreza, castidad y obediencia, en los sufrimientos y las persecuciones. Deseo imitar a Nuestro Señor Jesucristo que sufrió, y por eso voy a ser un luchador, voy a agredir al adversario; sufriré porque en la guerra se sufre”.

Es el sentimentalismo religioso del siglo XIX lo que da a eso un aspecto de “herejía blanca”. Pero no hay nada de “herejía blanca”. Es la piedad de buena ley que el hombre más valiente y combativo debe ufanarse en poseer.

Verdadero Contrarrevolucionario

De la misma manera, decir que a partir de entonces será pasto de los gusanos es tener coraje, es una prueba de que no tiene miedo de morir. San Fidel podría añadir, señalando su cuerpo: “Esta carne va a ser devorada por los gusanos. A través de estas órbitas ellos entrarán –como engendrados por mi propio cuerpo– que se comerán los ojos, saldrán por los oídos y por la boca. Pero no me importa porque mi alma se va al Paraíso. Tendré la gloria del martirio que vale mucho más que la descomposición de mi cuerpo. Y en el último día él resucitará y se unirá a mi alma en el cielo”.



El Dr. Plinio en 1967

Es una actitud de fuerza de alma que, en el pequeño fanático liberal, o en el sentimental, no funciona.

Comprendemos así cómo una fórmula como esa, siendo bien interpretada y entendida, no tiene nada de “herejía blanca”; es una fórmula espléndida.

El “herejía blanca” se encuentra en el estado temperamental estúpido con que los sentimentales repetían eso.

Tenemos la prueba concreta: un hombre que usó tales fórmulas es un mártir de un coraje admirable, el cual vio venir la muerte con la serenidad que los más grandes héroes no tendrían. Quien luchó arduamente contra la Revolución, que fue un verdadero contrarrevolucionario – porque el protestantismo fue la Revolución en su tiempo–, un hombre completo por tanto, y digno de toda nuestra veneración.

La reliquia de San Fidel se encuentra en nuestra capilla. Haremos algo bueno pidiéndole que nos obtenga la gracia de comprender cómo fórmulas de esas se compaginan con nuestra piedad, con tal de que sean expurgadas de los pésimos efluvios del sentimentalismo religioso del siglo XIX vivos hasta nuestros días, por desgracia.

Tal sentimentalismo, siendo algo malo, por supuesto, no estaba en la obra de ningún santo de ese tiempo. Se trata de deformaciones que existieron al margen del santo y de una manera contraria al ejemplo dado por él. En ese siglo, hubo santos admirables que estaban exentos e incluso eran lo contrario de eso, como santa Teresita del Niño Jesús.

La pequeña vía enseñada por ella, tan llena de candor y suavidad, es un camino de gran fuerza y combatividad para aquellos que saben leer un libro de Santa Teresita.

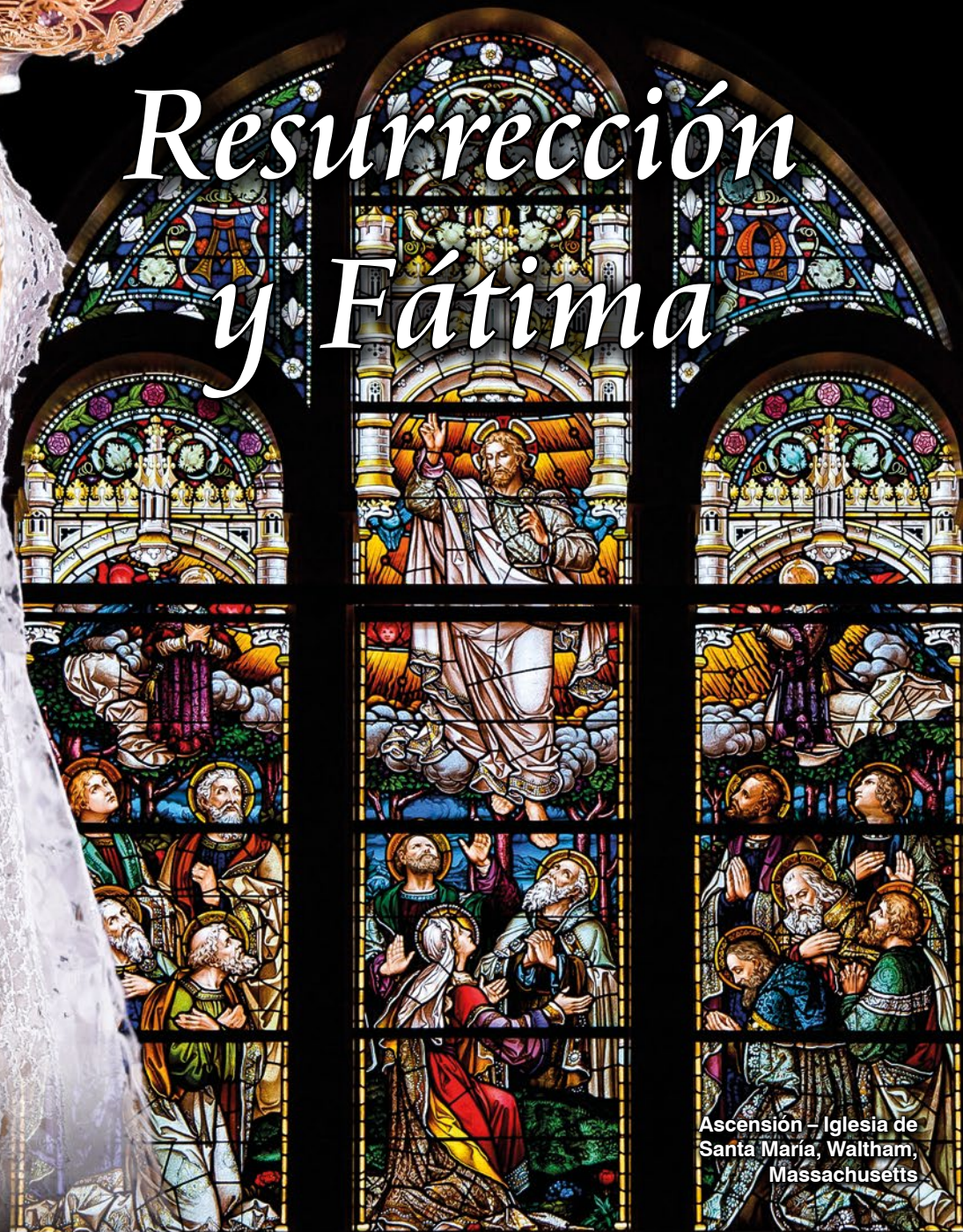
Esto se puede ver en sus deseos. Ella decía que tenía anhelos infinitos, que quería ser misionera, empuñar el hierro en la lucha contra los enemigos de la Iglesia, etc. Es una manifestación de una combatividad que llega hasta el cruzado, e incluso al deseo de derramar su sangre. Y esto por parte de esta santa tan suave en su pequeña vía. Se ve, por lo tanto, como las dos cosas son compatibles. ❖

(Extraído de conferencia del 24/4/1967)

- 1) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, la cultura, el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven muelles, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a cualquier cosa que signifique esplendor.
- 2) Contrariamente al significado político que se le suele dar, el Dr. Plinio utilizó la palabra “sinarquía” para caracterizar la mentalidad atea, según la cual el fin supremo de una sociedad es el trabajo y la producción material.



Resurrección y Fátima



Ascensión – Iglesia de Santa María, Waltham, Massachusetts

Después de los castigos predichos por la Virgen en Fátima, durante los cuales posiblemente quedemos como Nuestro Señor en la Pasión – perseguidos, torturados, cubiertos de llagas de dolor desde lo alto de la cabeza hasta las plantas de los pies–, habrá un momento radiante en que la promesa de Nuestra Señora se cumplirá. Llegará el día en el cual los ángeles dirán: “Ya no hay más tristeza ni sufrimiento para vosotros. ¡Regocijaos, porque el Inmaculado Corazón de María triunfó!”

En la Pascua de la Resurrección, la Santa Iglesia celebra el triunfo definitivo del Redentor sobre la muerte y el pecado, y afirma solemnemente que, resucitado, Cristo vive por todos los siglos, como Cabeza mística de todos los fieles.

Gloria de Dios: preocupación que debe acompañarnos desde la cuna hasta la tumba

Dicen los autores espirituales que toda meditación bien hecha debe traer como consecuencia una resolución concreta. Las consideraciones de orden meramente platónico no interesan para la vida espiritual. Si contemplamos, es para amar más y actuar mejor. “¡Ay de la ciencia que no se transforma en amor y en acción!” – dijo el gran Bossuet¹. Y nosotros podríamos afirmar: “¡Ay de la meditación que no se transforma en amor, en virtud y en apostolado!”

Así, de nada nos serviría que llenáramos de santa alegría nuestras almas y, en la hartura y tranquilidad de nuestros hogares, o abriendo un rápido y soleado paréntesis en la amargura de nuestras luchas y nece-

sidades, celebráramos las fiestas de la Santa Pascua, si no se notara un aumento de amor a Dios en nuestros corazones, y ese aumento no tuviera como consecuencia nuestro incremento en la virtud.

Ahora bien, nadie ama a Dios sin amar su gloria. La realización de esa gloria es el anhelo más vivo de todas las almas verdaderamente piadosas. “¡Que en todas las cosas Dios sea glorificado!”, es el lema bajo el cual trabajan, en las vías arduas de la santificación interior y del apostolado, los hijos de San Benito. “Para mayor gloria de Dios”, es la divisa que sirve de meta para todas las oraciones y labores de los hijos de San Ignacio. Recórranse los sistemas de espiritualidad propios a las varias Órdenes, examínense los autores espirituales de todos los lugares y de todos los tiempos, y se verá que hacen de la gloria de Dios el blanco desinteresado y total de su existencia.

Nadie, por otro lado, da gloria a Dios sin obedecer al beneplácito divino. La obediencia a la voluntad del Creador, la plena conformidad de todas nuestras ideas con la Doctrina Católica, de todas nuestras voliciones con la moral católica, de todos nues-



Flávio Lourenço

Crucifixión – Museo del Patriarca, Valencia



Flávio Lourenço

Entierro de Jesús – Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid



Vicente Torres



Sepulcro vacío – Abadía Benedictina de Subiaco, Italia

tros sentimientos con el *sentire cum Ecclesia*², he aquí la preocupación que, desde la cuna hasta la tumba, debe acompañar a toda alma creyente.

En medio de tanta tristeza, Nuestra Señora tenía una franja de alegría

Dentro de las alegrías de la Resurrección, tan llenas de enseñanzas para todos los católicos, conviene que saquemos alguna lección especial para nosotros.

Todas las visiones y revelaciones fidedignas con respecto a la Pasión narran que, de algún modo, la hora más lúgubre no fue cuando el Divino Redentor expiró, sino después de que Nuestra Señora colocó su sagrado Cuerpo en el sepulcro. En ese momento, Ella no tuvo más la amarguísima consolación de contemplar las facciones muertas de su Hijo, pues se dirigió al cenáculo, cuyo predio pertenecía a una persona dedicada a Nuestro Señor, y allí atravesó las horas amargas de su soledad.

Soledad, sin ninguna duda, porque eran pocos los que estaban en torno de Ella: las santas mujeres, San Juan Evangelista, San Pedro, uno u otro

Apóstol que llegaba de regreso corroído de vergüenza y de dolor a pedir perdón. Pero era tan poca gente dentro de todo aquel universo hostil... Sin embargo, soledad, sobre todo, porque María Santísima se encontraba en aquella inmensa soledad: no estaba más junto a su Divino Hijo, que era todo para Ella. Él estaba muerto.

Todos los que tuvieron la felicidad de ver místicamente lo que pasaba en el alma de Nuestra Señora en esa hora cuentan cómo, concomitantemente a esa tristeza, había un fondo de alegría, porque Ella sabía que Él resucitaría y, en breve, estarían de nuevo juntos: y que la Pasión había quedado atrás, aquel océano de dolores ya había sido transpuesto, y la in-

mensa gloria iba a revelarse al mundo, para la grandeza y la salvación de toda la humanidad.

Eso daba a María Santísima, en medio de tanta tristeza, una franja de alegría, delante de la certeza del júbilo inmenso que vendría después, mayor que los tormentos de la Pasión. Porque, aunque los dolores hayan sido inconmensurables, es verdad también que, siendo la Resurrección y la Redención la finalidad de la Pasión, naturalmente el fin vale mucho más que los medios. Luego, es mayor aún la alegría por ver alcanzado y aparecer a los ojos de los hombres el objetivo para el cual un tan grande dolor fue pagado. Así, en la paz, la Santísima Virgen tenía esta serenidad, esta confianza, más aún, esta certeza: Cristo resucitará. Y, realmente, todas sus expectativas se confirmaron.



Cristo resucitado aparece a la Santísima Virgen Museo Nacional de Arte Antiguo, Lisboa

Flávio Laureço

Después de resucitar, Nuestro Señor fue a visitar a su Madre Santísima

Imaginemos el Santo Sepulcro, situado en una gruta cerca del local donde Jesús fue crucificado, el Gólgota, como relata el Evangelio. Tumba nueva perteneciente a José de Arimatea y cedida por él para que Nuestro Señor fuera sepultado. Según la costumbre judaica, el cadáver era envuelto por entero, y se colocaba a la entrada de la gruta una piedra rigurosamente bien tallada, para vedar la entrada enteramente.

Adentro domina la oscuridad. De repente, irrumpe una luz más intensa que el brillo del sol. Era Nuestro Señor Jesucristo, cuya Alma santísima, hipostáticamente unida a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, había estado en el Limbo para llevar a las almas de los justos la buena nueva de la Redención y prepararlas para subir al Cielo.

Aquel Cuerpo glorioso, nacido de las entrañas de María Virgen, estremece de vida y se levanta por sí mismo. Las ataduras que lo envuelven, así como la piedra que sella el sepulcro, caen, y las innumerables heridas comienzan a resplandecer como soles. Desde afuera, los guardias oyen un trueno y se desmayan y Jesús aparece reluciente. Es la Pascua de la Resurrección. Él pasó por los valles profundos de la muerte y resurgió glorioso, para después subir al Cielo.

Noten ese pormenor importante: cuando Nuestro Señor resucitó, ninguna criatura humana lo vio salir de la sepultura. Él quiso que nadie fuera el primero en verlo resucitar. En el momento en que las santas mujeres,



La Dolorosa – Santuario de Jesús Nazareno, Atotonilco, México

San Pedro y San Juan Evangelista llegaron allá, la tumba ya estaba vacía. En el primer instante después de haber dejado el Santo Sepulcro, Jesús fue a visitar a su Madre Santísima, de manera que Ella fuera la primera en contemplarlo radiante, en una alegría verdaderamente indescriptible.

La esperanza de María, que en la soledad continuó firme en el auge de las tinieblas, se confirmó totalmente. De ahí resulta, entonces, la enorme alegría pascual trascendente, incomparablemente mayor que el momento tremendo del dolor. Podemos, así, tener una idea de cómo fue la primera Pascua en aquel Sapiencial e Inmaculado Corazón.

Primavera de la fe, mayor que la de la Edad Media

Eso que pasó en el Inmaculado Corazón de María debe ocurrir tam-

bién en nuestras almas a propósito de los dolores actuales de la Santa Iglesia. Nosotros estamos acercándonos a la hora extrema de la Pasión. El sufrimiento es intensísimo y debe atravesar nuestras almas de lado a lado con la espada de dolor. Pero en medio de ese dolor, tenemos una franja de alegría y la certeza del cumplimiento de la promesa de Fátima: “¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!”

Las cosas de la Causa Católica tienen sus “muertes” y sus “resurrecciones”. Se diría que la Civilización Cristiana está liquidada, que no sobra nada más del pasado glorioso de la Santa Iglesia, y que, de la verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana, restan solamente algunas gotas que el calor abrasador de la Revolución acabará por hacer evaporar.

Sin embargo, Nuestro Señor afirmó: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” (*Mt 16, 18*).

Después de las tristezas y ansiedades de los castigos predichos por la Virgen en Fátima, durante los cuales posiblemente quedemos como Nuestro Señor: perseguidos, torturados, cubiertos de llagas de dolor desde lo alto de la cabeza hasta las plantas de los pies, llegará, sin duda, el momento radiante en que la promesa de Nuestra Señora se cumplirá. Llegará el día en el cual los ángeles nos dirán: “Ya no hay más tristeza ni sufrimiento para vosotros, vuestra prueba quedó atrás. ¡Regocijaos, porque el Inmaculado Corazón de María triunfó!”

Será, entonces, nuestra gran Pascua, nuestra inmensa alegría. Habremos pasado ese “Mar Rojo” de sangre que será el mundo durante los



castigos, a pie enjuto, es decir, sin que hayamos pagado tributo al pecado.

Contemplemos, con el toque de las pocas campanas que resten, el resplandecer de una alegría que rebosa del Corazón Inmaculado de María, difundida por los ángeles por toda la Tierra.

Asistiremos al desvanecimiento de toda oscuridad y contemplaremos esa gloria, la cual debemos desear más que todo en el mundo: la gloria de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a quien amamos más que la luz de nuestros ojos y que todo en la Tierra. Veremos a la Esposa de Nuestro Señor Jesucristo reconducida a una primavera de la fe, mayor aún que en la Edad Media: los santos floreciendo, el culto reintegrado en la entera identidad de su doctrina, las leyes desarrollándose en una conformidad también plena con esa doctrina, los gobiernos siendo ejercidos según el espíritu católico y, por causa de esa plenitud de la Iglesia, la Tierra produciendo sus frutos y sus flores bajo la sonrisa de Nuestra Señora.

Resplandor superior al de todos los soles del universo

Es esta, por tanto, la ocasión para que pensemos en esa alegría comparable únicamente a la del momento en que muramos, seamos juzgados y llegue para nosotros la gran aurora de la vida eterna, cuando al final veamos, cara a cara, a Nuestra Señora con su Divino Hijo en el Cielo diciéndonos: “Nosotros mismos somos vuestra recompensa demasíadamente grande”.

Sin embargo, antes de ese momento, Nuestro Señor dirá también al mundo, por los labios de su Madre Santísima, y María nos hablará por la voz sacratísima de la Santa Iglesia: “Yo soy vuestra recompensa demasíadamente grande.” Viendo a la Iglesia próspera, triunfante, dominando el mundo, orientando las almas, aplastando el error, glorificando la virtud, promoviendo toda especie de bienes, haciendo circular su savia en la vida temporal para llenar una civilización de prevalentes varones espirituales, marcada por la fe y por la sacralidad, nosotros miraremos hacia ella y pensaremos: “La Santa Iglesia Católica es nuestra recompensa demasíadamente grande”.

¡Lancémonos a la lucha! Nos podrá dar la impresión de que nos estamos hundiendo en

el valle de la derrota. Poco importa. Llegará el momento en que los ángeles del Cielo vendrán en nuestro socorro y nosotros brillaremos con un poquito del brillo de la Resurrección, o sea, con un resplandor mayor que todos los soles del universo.

María vencerá y cada uno de nosotros podrá decir, parafraseando a Job: “Bendito el día que me vio nacer, benditas las estrellas que me vieron pequeñito, bendito el momento en que mi madre dijo: ‘¡Nació un hombre!’” (cf. Job 3, 3). Entonces asistiremos a la victoria de la Contra-Revolución y a la implantación del Reino de María. ❖

(Extraído de O Legiónário No. 499 del 5/5/1942, y conferencias del 25/3/1967 y 30/3/1986)



Luis C.R. Abreu

Virgen de Fátima (acervo particular)

Archivo Revista



El Dr. Plinio en 1986

- 1) Jacques-Bénigne Bossuet (*1627 - †1704), Obispo de Meaux (Francia), célebre predicador y escritor.
- 2) Del latín: sentir con la Iglesia.

Verdadero equilibrio y armonía entre las clases sociales



Ilustraciones: J. Pinchon

El Dr. Plinio muestra cómo la sociedad temporal regida por la Fe y la moral, es capaz de realizar una verdadera alianza entre las diversas clases sociales, donde cada persona tiene su papel, armonizando el mutuo respeto con la dignidad jerárquica individual.

Continuando con la descripción de la historia de Bécassine, ya la vemos como una chiquita, de unos cuatro o cinco años. En esta escena, ella se encuentra en el castillo de los marqueses. En primer plano, aparece el marqués de Grand-Air y en breve se dará la comida.

Concepto francés de varonilidad

Causa cierta sorpresa el contraste entre el marqués y la marquesa de Grand-Air.

Llevados tal vez por algún concepto primitivo, tenemos el hábito de pensar que el hombre debe ser corpulento, en cuanto que la señora debe ser delgada, esbelta y delicada, pues el marido debe ser más aventajado.

Según el concepto francés de varonilidad, no cabe el elogio de la corpulencia. El hombre francés clásico no es delgado, sino musculoso, sin embargo, no de aquellos músculos de las figuras italianas del Renacimiento, usados para estudiar anatomía. Al contrario, es protuberante, no obstante, ágil, diestro, mucho más hecho para saltar, trepar, avanzar o para ser un duelista que para

empujar obstáculos y atracarse con las personas. Es más propio de la espada de esgrima que del boxeo.

Podemos imaginar a ese marqués joven, siendo un duelista de primera; nunca lo imaginaríamos boxeando, ni el boxeo es para él. Sería incluso una extravagancia relacionarlo con ese deporte.

Un hombre de esos, por lo tanto, es de la escuela francesa de varonilidad, con la complexión física de un D'Artagnan o de un Cyrano, 1 pues en su juventud ciertamente estos personajes eran así, listos para luchar contra los turcos que estaban invadiendo el Sacro Imperio o cualquier otro enemigo.

El marqués es, por lo tanto, un hombre muy batallador, conforme al género francés, que se adorna para la batalla como también para la vida cotidiana. Él es ultra adornado y, como tal, un pequeño *bibelot*.

Delicadeza, finura, y elegancia del marqués

Analícemos al marqués.

En el dibujo en cuestión, no se nota por entero, pero es calvo. Tiene los cabellos bien blancos, de aspecto lacio, muy



similar a los de la marquesa, formando una moldura de cabellos saliente de un lado y del otro de la cara. No son así porque crecieron de casualidad a la hippie. No, todo es muy cuidado. Los cabellos deben tener una cierta altura, y así por delante. Quedaría ridículo si fueran un poco más sobresalientes. O imaginen, por ejemplo, que él usara fijador y quedasen pegados, su cabeza quedaría pequeña para el cuerpo. Entonces, ¿cuál es el cálculo? Al peinarse, se necesita ser un artista para calcular exactamente el tamaño de la cabeza para que quede proporcionada con los hombros.

Como el marqués está dentro de su casa, no está con sombrero. No obstante, los hombres de esa categoría en Francia, como en Inglaterra o en otros países, salían con sombrero a la calle. Ellos no hacían como nosotros en el tiempo del sombrero, durante el cual íbamos a una venta de sombreros y comprábamos un sombrero. No; los sombreros de entonces diseñaban el sombrero específico para la cabeza de cada uno. Por ejemplo, en París el famoso *Gelot*. Cuando el cliente va al *Gelot*, el empleado diseña el sombrero que le conviene más, y si al sujeto le gusta el diseño allí ejecutan un modelo. Días después el cliente vuelve para probarse el modelo, y solamente después se hace el definitivo. Cuando el hombre ya es conocido en la tienda, esta se queda con su modelo de sombrero, y cada vez que lo necesita, manda que se lo hagan y que se lo entreguen por medio del correo. Es decir, está calculado como una escultura.

Por lo tanto, los cabellos del marqués son esculturales. Ahí se comprende el sentido artístico que eso supone.

Su barba es a la del emperador Francisco José, su contemporáneo, o quizás él tenga unos diez años menos que el Emperador.

Noten su quijada rasurada. La barba viene de atrás y se pierde en el bigote que lo comunica hasta el otro lado. La barbita y el bigote también están calculados para hacer el mismo efecto de ese cabello colateral y servir bien de moldura al rostro.

El marqués usa un monóculo. Ese lente muy raras veces es hecho para atender a una necesi-

dad visual: es solo un estilo. El individuo lo usaba porque tenía un aro muy discreto, y al levantar las cejas para sostenerlo, quedaba como una mirada más espetada, colocando a una cierta distancia a quién lo miraba.

Veán, por ejemplo, cómo el marqués está tratando bien a Bécassine y cómo esta conversa con él con gusto. Ella no parece entender bien con quién está conversando, en fin, se ve como la trata bien, por el delicado gesto de la mano. Él es todo delicado, pero su ojo grande y su forma de ser atraviesan, crean una distancia a su alrededor; es un hombre que, cubierto de agradabilidades, crea un vacío en torno de sí. Es el estilo.

Indumentaria de elegantísima intimidad

Analicemos su indumentaria. El traje presenta un cuello almidonado con una camisa que casi no se ve por causa de la enorme corbata tipo mariposa. Además de eso, hay otras tres piezas: un saco, conocido como casa-ca, cortada a media altura entre el tronco y la rodilla. Es mucho más distinguido que un saco cruzado.

También usa un chaleco con botones que no aparece ahí; en general eran botones de mucha calidad, de porcelana pintada, de cristal o de nácar de joyería o también podían ser de oro o de plata. Cuando la camisa estaba vieja, los sacaban y los colocaban en otra camisa. Eran objetos de uso del hombre, y para cada dos o tres camisas había botones especiales que debían estar de acuerdo con la ropa. Sólo de vez en cuando los dejaban de usar

para no dar la impresión de ser un pobretón que está siempre usando las mismas cosas.

En el bolsillo inferior del chaleco figura una cadena de reloj que cruza de un lado al otro de la cintura; allí también había una bolsita minúscula de oro, plata o platino, elaborada con una malla muy leve y muy bien hecha, donde se guardaban las monedas. En aquel tiempo aún se usaban monedas de oro y plata; no había solamente ese infame y fraudulento papel-moneda que anda circulando por ahí, el cual inundó el mundo monetario.

Noten que sus zapatos son de charol y no de un cuero vulgar, los cuales están cubiertos por un tejido, que está para sus pies como la ropita del perrito está para el animal. Por así decir, envuelve el tronco del pie de color claro, como blanca es la camisa, y el zapato es negro. Ese tipo de zapato se prende abajo, pues tiene una presilla con una hebilla junto a la suela.

El pantalón no es el tal británico con una raya firme e implacable adelante, porque lo implacable es contrario a la dulzura francesa. Al contrario, es elegantemente *negligé*, como si estuviese cayendo de casualidad. Porque no quedaba elegante para los dueños de casa usar ropa que tuviese el aire de estar saliendo de la plancha en aquel momento. Ellos debían tener el aire de estar en una elegantísima intimidad; por eso, el pantalón, sin estar arrugado, tiene la largura exacta para que sobrara al final de la pierna. ¡Todo eso está calculadísimo, de manera a dar esa elegancia imponderable!

Noten como el marqués tiene la mano en el bolsillo, para agarrar la casaca. ¡Miren sus manos! Son finas, blancas y largas, como la mano aristocrática debe ser, bien lo opuesto de las manos de *monsieur* Labornez.

Distinción con notas impalpables

Comparemos el marqués con la marquesa.

En la figura ella no viene solemnemente del brazo del marqués, pues está distendida pensando en otra cosa. Su vestido blanco es muy simple, solo con un chal azul y una lista del mismo color en la parte inferior y un detalle en el cuello. Noten cómo su chal cae hasta

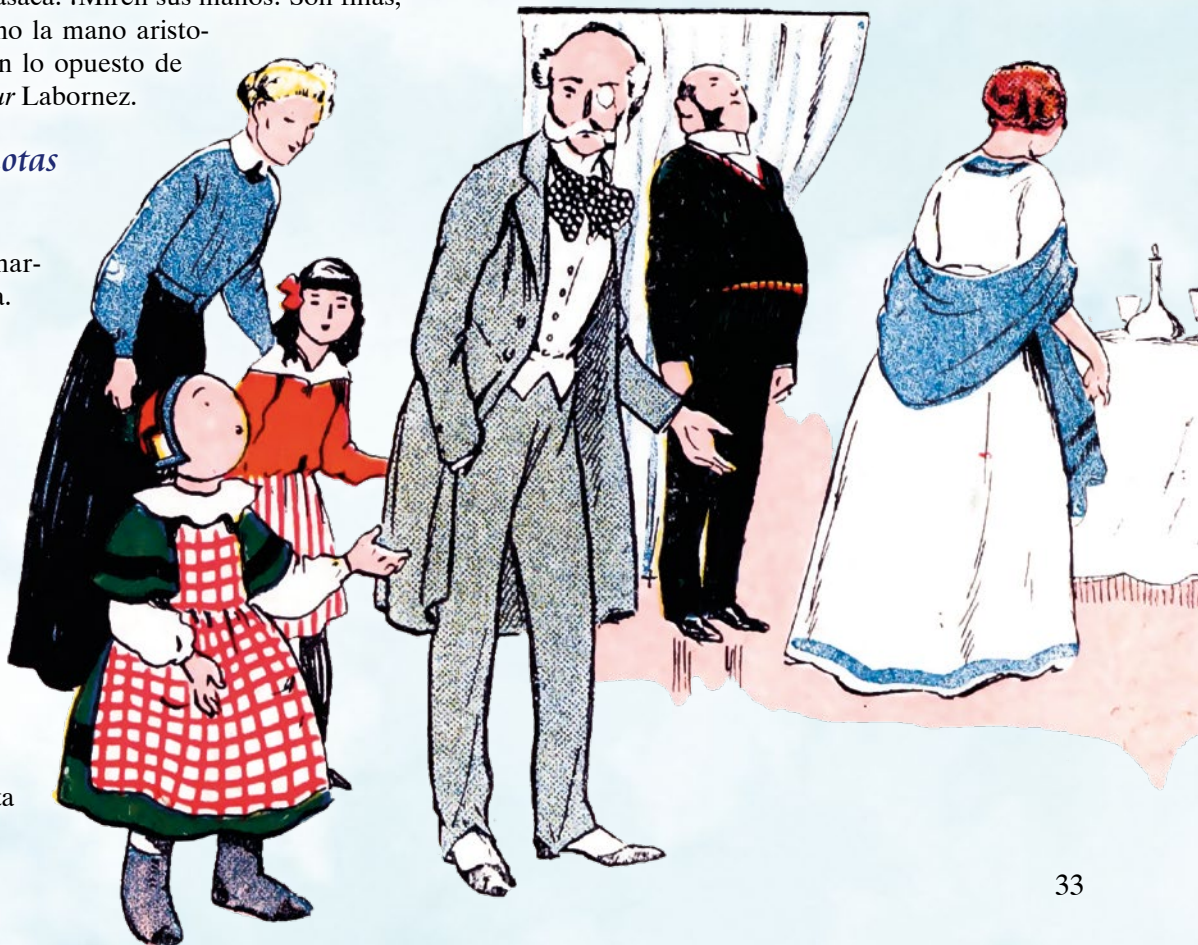
la cintura de forma muy elegante. El peinado de la dama es muy simple, pues no está en aquella actitud imponente como cuando estaba en público en el carruaje. No obstante, la distinción es evidente.

¿En qué esa distinción es impalpable? Voy a intentar explicarlo.

Pinchon es tan buen diseñador que hace percibir la lentitud con que anda la marquesa, como todo el mundo dentro de la escena. Además, está tomando una actitud despreocupada con los brazos pendientes y el cuerpo un poco inclinado, sin ninguna ceremonia; sin embargo, aún se nota la distinción porque, a pesar de estar distendida, la relación busto-tronco y cabeza-cuerpo tiene belleza. En esas actitudes se percibe la persona distinguida que, aunque en la intimidad, continúa en una actitud bonita, pasando a ser una segunda naturaleza. Y eso, Pinchon supo representar, a mi ver, como un verdadero sociólogo, a tal punto que nadie conseguiría decir en palabras palpables lo que acabo de explicitar.

Decadencia implícita representada en la niña

Pasemos a analizar a la sobrina nieta de los marqueses. Es una niña pura que sólo piensa en divertirse de modo casto. De ninguna manera alguien colocaría en sus manos una revista inmoral o iría a presentarle la televisión impura de





los días de hoy. Ella es saltarina, sin distinción, procurando divertirse y reírse respecto de todo lo que encuentra. Se ve, no obstante, su buena educación y sus buenas ropas, en un buen ambiente, con buena comida, muy bien lavada y bien peinada, con todo, su vestimenta no aspira a la distinción.

Cuando crezca, ella va ser una joven común que entra en una tienda, en un autobús o metro, sin llamar la atención a no ser de algunos que la conocen y saben que es una persona distinguida. Es cierto que no va a llegar a la altura de la marquesa porque esta, en cuanto es marquesa, tiene siempre la noción de su grandeza, de su superioridad y de la obligación de atraer respecto de los que son inferiores. Por eso, ni monsieur Labornez ni sus nietos darían importancia alguna a esa niña, pero se extasiarían con la marquesa. Por lo tanto, en la nieta de los marqueses ya está presente la decadencia y la segunda clase.

No creo que sea necesario comentar el vestido ni el peinado de la niña, porque no tiene ningún *charme* y no carga nada del pasado. Afirmo lo siguiente: impureza, no hay! ¿Por qué? ¿Qué hay de casto allí? Hay una cierta levedad viva sin ser agitada. Donde entra la impureza o el abatimiento hay agitación y no existe levedad. Esa es aún una niña pura.

Modestia y educación de la institutriz

Ahora viene la clase media, la institutriz. El marqués y la marquesa son de la alta sociedad.

La institutriz es educada. Su modo de peinarse y la flección del cuerpo indican que es una persona de buenas maneras. Su posición es de quién sabe que no es superior

a nadie, no queda difundiendo en torno de si un “*grand-air*”, de ninguna manera.

Es bien lo opuesto del mozo, pues éste toma un aire de quien se encuentra delante de un rey, de tal manera está proporcionado a la nobleza. En la escena en cuestión, ignora que la marquesa está en la intimidad. Si la dama estuviese lista para ir, por ejemplo, a un baile ofrecido por la alta nobleza a un monarca que está de paso por París, o a nuestra princesa Isabel o al conde d’Eu, todos contemporáneos, el mozo no tomaría otra actitud diferente de la que está tomando.

La institutriz no, ella puede salir a la calle o a hacer compras que se diluye en esos ambientes. El marqués y la marquesa son de salón. Noten, sin embargo, como el mozo y la institutriz son más finos que las personas finas de hoy en día.

Hay otro lado que es necesario notar. Sin detenerme mucho tiempo describiendo a la institutriz, yo me pregunto: ¿quién se dirige a un niño con esa delicadeza? Es curioso como Pinchon, al mismo tiempo, al diseñar a la institutriz, demuestra cierto respeto hacia la niña porque es nieta de los patrones. Queda patente el sumo cuidado, delicadeza y hasta cierto cariño con que lleva a la nieta de los marqueses al comedor, pues la niña está con la atención vuelta para acá y para allá. Exactamente como una señora trataría a una niña.

Hoy en día no es común encontrar señoras que traten a sus hijas así. Ahí se percibe la decadencia de toda una época, sin hablar, yo insisto, en decadencia moral, por donde lo que era común antes de la guerra de 1914 —en que Europa había millares de personas como esos marqueses—,





hoy en día eso es un objeto de museo que no se encuentra más, ni de lejos! Algunos de nosotros, es posible, ni siquiera sospechó que existiera gente así, de tal manera salió de las costumbres. Personas de clase media como esa institutriz casi no existen más, inclusive de dentro de la alta sociedad.

Esa institutriz es una persona modesta de vida pura, de familia pura, muy correcta, donde todo pasa según la moral católica. Es decir, hay una tradición católica en esa familia. No es de esas jóvenes, por ejemplo, que salen en grupos de chicos haciendo lío. Al contrario, es una chica habituada a andar en medio de señoritas, a ser tratada con mucha ceremonia por los chicos de su edad, a casarse casta aún. En suma, es una chica intacta que no fue manchada por nada. ¡Cuán raro hoy en día también!

Simplicidad inocente de la campesina bretona

Bien, nos falta Bécassine. Hay una cosa a observar en ella y es que está exageradamente gordinflona, con la cara redonda y roja como un queso del Reno, usando una toca roja y un pompón, sin fantasía ni buen gusto, pero conviene que sea así porque es un símbolo de su clase. Es lo contrario de lo que gustaría presentar la propaganda comunista respecto de la condición de campesino, vestido como burgués, sucio, maltrapillo, flaco, enfermo y también rebelde, porque esa propaganda predica la revolución social. Y hay más. Todo decaió tanto que hasta los hijos de los patrones se visten a la manera de los empleados de los tiempos actuales. Andando por la calle, es difícil distinguir si el individuo es hijo del patrón o hijo del empleado; cuando se consigue hacer una distinción.

Bécassine es solo una campesina. El modo como engorda es el modo de campesina, con la buena salud de

la plebe. Ella, por ejemplo, es una niña más saludable que la nieta de la marquesa, que también es una niña fuerte. Bécassine fue educada en el campo y no en París, haciendo ejercicio físico, ayudando al padre y a la madre, porque el niño ya en esa edad hace trabajitos. Y a la hora de comer, come panes y toma toda la leche que quiere. El resultado es que queda bien nutrida.

Pinchon es tan cuidadoso que hasta las piernas de ella las diseño gordinflonas. Vean como la nieta de la marquesa es más flaca, y si engordara de esa forma la llevarían al médico para que le indique un régimen.

En parte, es así porque hay un imponderable cualquiera por donde la buena educación transmitida de generación en generación hace que la persona engorde de un modo diferente. Por ejemplo, madame de Grand-Air es gorda, sin embargo, es diferente de la corpulencia del criado.

Tanto la campesina como el mozo son nítidamente inferiores a la institutriz, y esta es inferior a la marquesa. Es una sociedad donde cada uno tiene su papel. Todo está bien organizado.

Con esto termino de describir esa escena.

Bécassine fue al castillo a jugar y después a almorzar con la niña y con los marqueses. La campesina, que perdió toda la distancia psíquica, está contando alguna cosa al marqués y este está diciendo algo o haciendo algún gesto amable explicando que a la izquierda está el comedor al cual todos van a entrar, pues ella aún no percibió donde será la comida; de tal forma está extasiada. Con certeza, la campesina será la atracción del almuerzo porque va a hacer tonterías y todos se van a reír, con bondad.

Así, habituada al castillo, Bécassine va a servir a la marquesa hasta el fin de la historia, cuando la noble llegue a la ancianidad.

(Extraído de conferencia del 14/5/1980)

1 D'Artagnan: Personaje creado por Alejandro Dumas, joven de Gascuña que se une a Los Tres Mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis. Cyrano: Cyrano de Bergerac, personaje literario creado por Edmond Rostand para una de las obras que le dio inmortalidad, y que lleva ese mismo nombre.

Una cruz bien cargada



*L*a bendición se da haciendo la Señal de la Cruz, y quien la recibe hace la misma señal. Bendición y Cruz son indisociables. Quien no sufre, no es bendecido.

En el Reino de María habrá grandes dolores alternados con alegrías inimaginables. Padecimientos pungentes como los del Calvario y júbilos radiantes como los de la Pascua de Resurrección.

Doña Lucilia tuvo en su vida algunos hechos que le causaron sufrimientos muy pungentes, los cuales no eran sino ápices de dolores mucho mayores que, en ciertos momentos, llegaban a una especie de paroxismo.

Sin embargo, junto con ese dolor permanente, mamá tenía alegrías de fondo de alma que le ayudaban a cargar la cruz. Porque la impresión que ella da es de una cruz bien llevada, con mucho equilibrio y nunca con alguna especie de ansiedad.

(Extraído de conferencia del 12/11/1984)